

Mesa revuelta

Lo es realmente el contenido de este libro XXXIX compuesto por diferentes trabajos de inspiración momentánea en instantes de meditación sobre la Villa o de recopilación reciente por el afán de que no se olviden y puedan servir a quienes les interese utilizarlos en el futuro para reconstruir y enaltecer las memorias de nuestro pueblo.

No hay en ello ningún mérito sobresaliente, reconozcámoslo con humildad, pero sí un voluntarioso intento de servir los intereses patrios y de fomentar el amor hacia ellos dándoles a conocer para que se les quiera y se sienta la satisfacción y aún el orgullo de su pertenencia.

No es esto fácil, desde luego, pero si se acierta a ilustrar algún punto o se dá pie para que otros lo puedan lograr, se podrá tener la compensación y la alegría del fin logrado tras el gran esfuerzo. El tiempo lo dirá.

Pensando en las grandes dificultades que ha de tener quien intente hacer la historia de Alcázar y en lo indispensable que le será a la Villa poseerla para ejercer su hegemonía sobre la comarca, pienso a veces si habrá alguien que se preocupe de ir recopilando y amontonando por lo menos, cuantas noticias se difunden del lugar.

Ahora se vive demasiado al día y de ahí la duda, pero el período de historia contemporánea se tiene en la mano y sería una lástima que se dejara perder y después no se pudiera reconstruir.

Lo antiguo, más o menos remoto, tendrá que rebuscarlo de todas maneras y aprovechar lo que encuentren hilvanándolo con conjeturas verosímiles según el grado de intimidad e identificación que el autor tenga con la vida alcazareña, pues sin conocerla y sentirla no lo logrará probablemente.

Al compilador o recopilador posible, habría que hacerle un monumento, pues sería la base de todo el trabajo que se realizara.

Siempre ha ocurrido, incluso en hechos recientes, que las obras de amplitud y utilidad no hubieran sido posibles sin el esfuerzo previo, silencioso e ignorado de personas discretas que con sus aportaciones generosas hicieron posible la obra de provecho. Estas personas no suelen estar menos capacitadas que las que culminan la obra ni pasó desapercibida su labor si bien nunca alcanzan la preeminencia del que logra hacer la síntesis y abrir surco en el conocimiento de la entidad estudiada.

La historia de Alcázar necesita indispensablemente la ayuda de esas personas modestas pero entusiastas entre las que nos incluimos, que no se cansen de aportar materiales para la gran obra, pero por ser tantos los factores que no están a nuestro alcance, nos preguntamos, ¿será posible que no haya alguien que se preocupe de completar y remediar las faltas nuestras?

El hombre tiene el deber de dejarse aquí el fruto de su experiencia y de recoger las de alrededor en beneficio de los sucesores.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

Noviembre de 1975

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo XXXIX

INDICE

Portada	
Mesa revuelta	
Contraportada 1. ^a	
Duda	
Contraportada 2. ^a	
Tema pictórico	
Página 1	
El caminante y el cami-	
Página 2	(no
Aquello de los viejos	
Página 5	
La soledad matinal	
Página 6	
Genio y figura alcaza-	
Página 8	(reños
Hilachos	
Página 17	
Rincones manchegos	
Página 21	
Dos Barrios	
Página 22	
La casa de la fábrica	
Página 23	
Milagros de S. Antonio	
Página 25	
Programas memorables	
Página 27	
La Joaquina de Cagale-	
Página 28	(ra
Tres pájaros de un tiro	
Página 29	
Los ramos	
Página 30	
Las ilusiones perdidas	
Página 31	
Zapatero a tus zapatos	
Página 33	
El sueño de los viejos	
Página 35	
Justicia tardía	
Página 37	
Matrimonio de segun-	
Página 38	(da
Lo sordillo y lo cegato	
Página 40	
Tauromaquia retros-	
Página 42	(pectiva
Día ominoso	
Página 43	
El casino y las cuadr.	

El caminante y el camino

Todavía continua en este libro XXXIX el tema de Alcázar, de su vida y de sus genes, que fue motivo muy predominante de todos los fascículos anteriores.

Donde está la mella allí se ve la lengua, se decía en nuestro pueblo cuando la vida sosegada permitía hacer esas observaciones tan simples y tan ciertas. La lástima es que a pesar del ludir continuo no se reconstruya la igualdad de la quijada y que Alcázar, para el caso la mandíbula mellada, no se haga, de verdad, corazón y capital de La Mancha y cuna de Cervantes, irradiando sobre su comarca la luz y la protección que tiene obligación y hay derecho a pedirle a todo espíritu paternal.

Uno de los afanes de estas notas es que Alcázar se conozca íntimamente para que sienta su poder y se lance abiertamente a sus funciones tutelares que no necesitan disposición legal ni orden expresa, sino sentir su misión y cumplirla, sembrando sobre los 40 pueblos que lo circundan los beneficios de su conocimiento y generosa orientación.

Aquello de los viejos

que se publicó en el apéndice del fascículo 36, impresionó mucho al público lector, no porque estuviera mejor o peor hecho, sino como observación de la realidad y la mayoría de los comunicantes se han quedado con gana, les supo a poco y algunos se proponen remachar el clavo ampliando las cuestiones y puntualizándolas.

No se trataba de exprimir el limón hasta la última gota ni de hacer un código para fundamentar una conducta, como dice Elisa Ramírez, se quería simplemente abrir un poco los ojos a los que por abandonarse a sí mismos, menguan sus facultades y empeoran su vida en los últimos días.

En tanto que no esté enfermo, es su propio abandono el que pierde al viejo haciéndolo cada vez más inservible.

Todas las comodidades que se procura el hombre con la idea de amornar su esfuerzo se concitan contra él, le achican, le inutilizan y al fin le hacen sucumbir en tiempo y en circunstancias que no corresponderían a su potencial biológico.

Es un error buscarse la comodidad, la mecedora anticipa la llegada de la caja mortuoria, que es lo mejor para el caso, pues de no llegar se queda convertido en trasto que hay que apartar al rincón y darle los picatostes que dice el refrán y que cita a este propósito Josefa Manzanque, dominica que no ha dejado de serlo, aguda campesina y maestra de las que se escapan.

La jubilación precoz es un error en sí misma, pero lo es mucho más que el hombre se la conceda de su propio motivo ignorantemente, porque si ganó, porque si ahorró y tiene o deja de tener.

En cualquiera de nuestros pueblos se pueden encontrar ejemplos de personas trabajadoras que han mejorado su situación y que al llegar al nivel que ellos han considerado suficiente se han parado o dado marcha atrás. Inmediatamente se inician los padecimientos que unos llaman de ricos, de personas que se escuchan y otros de haber trabajado tanto, sin ver que mientras trabajaron nada les pasó y que fue el paro el que inició el crujir del carro y le empezó a desarmar.

Recuerdo una expresión memorable del General Primo de Rivera cuando le reprochaban que teniendo tantos años, un carácter derrochón y una enfermedad consuntiva, llevara una vida de lucha y agitación para el poco tiempo que podría vivir.

—El hombre debe vivir como si fuera eterno, contestó, sin acordarse del final.

Y Alcázar tiene un ejemplo vivo en Marcelo Redondo, que necesita poco sebo en las ruedas y ninguna compañía para seguir adelante y conservar viva su quintería, tal vez única, de lunes a sábado durante todo el año, en la soledad inmensa del campo actual.

Si la aspiración del hombre es vivir ha de actuar. El cuerpo humano necesita la pelea tanto como el pan y el agua. El que se aparta de la obligación pensando equivocadamente que con ello va a disfrutar de la vida no tarda en apreciar que lo que ha conseguido es inutilizarse para todo y adquirir las dolencias propias del mal funcionamiento de los órganos alojados en un cuerpo inactivo.

Las comodidades están reñidas con la supervivencia y la salubridad, como la minan igualmente el regalo y la ternura excesivos. Los divanes y sillones han causado más estragos físicos que todos los lugares de trabajo juntos y más relajación en las costumbres que todas las playas del mundo. Lo de, dame la mano, Pepe Luis, que cuenta Isabel Manzanque de los viejos de los hogares para poder levantarse y que es al fin y al cabo lo que ha pasado siempre en los casinos.

El hombre ha de estar firme y dispuesto en cualquier edad, sentado a gusto pero en sitio que no le impida levantarse, como el gavián que se lanza raudo al espacio desde la torre, pero ha de hacer muchos equilibrios y recular de lado para abrir las alas en el suelo.

La mayor parte de los problemas que se le plantean al viejo en el terreno afectivo provienen de su dejación, de su propio abandono, de considerarse incapaz, no ya con los hijos, hermanos o sobrinos, sino con la propia mujer, cuyo interés resulta muchas veces funesto cuando cargada aparentemente de razón aparta al hombre de sus quehaceres con esos halagos infalibles a los que el hombre cede siempre como el más perfecto borrego.

El hombre debe conservar sus cosas, pero debe sobre todo conservarse a sí mismo, pues si se abandona y deja todo tirado no debe extrañarse que otros lo recojan y se quede en la calle. Debe dar un rendimiento, ganar lo que se coma y desempeñar todas las funciones útiles que le sean posibles por su propia conveniencia, pues sin malos comportamientos de nadie, la naturaleza por sí misma tiende a eliminar los órganos inútiles, como se ve en las podas espontáneas, eliminación de cuerpos extraños, atrofia de órganos en regresión y demás fenómenos que están al alcance de cualquier observador. Ayúdate y te ayudaré, proclama el Evangelio. El que menos hace, menos quiere y menos puede, porque la función crea el órgano y le mantiene.

Uno de los que se proponían remachar el clavo era Antón Arce que a la postre evacuó humorísticamente el compromiso en que se metió de primeras, llamándome discriminatorio por lo de jóvenes-viejos; viejos-jóvenes.

La soledad, dice criticándome, no es tampoco consecuencia del mayor o menor tiempo en la morada, es tal vez el hallazgo de los usados (de los que tiene uso de razón), cualidad que también se puede disfrutar en edad temprana. Y en el aspecto de soledad —aburrimento, ese agobio de to-

das las edades— se puede transformar en bien, pensando en el refrán "más vale solo que.....". Es muy difícil estar gratamente acompañado para los que de verdad aman las libertades integrales. Por eso el matrimonio, cuando se van conociendo demasiado los del vínculo (que es pronto porque la parcela es pequeña), tienden a hartarse y a solicitar nuevos predios. ¡Oh! la sabiduría de Mahoma que inventó la pluralidad lícita.

Eso de aceptar lo que viniere solo por ser maduro, ¡tampoco!, se acepta, si, casi siempre lo que nos van dando, por nuestra educación o nuestra democracia; pero si las exigencias ajenas rebasan la honestidad y nos dan por detrás, (subjetivamente se entiende), justo será a cualquier edad poner el cartel de "prohibido el paso".

Sobre los olvidos de los demás hacia uno, tampoco nacen de la caducidad, también pueden ser fruta temprana. Efectivamente, el olvido debemos consentirlo, pero solo cuando el interlocutor no importa; cuando interesa debemos mandar un recordatorio.

Efectivamente, no debemos autocarrojarnos a la cuneta, esto también vale para todo tiempo de nuestro caminar.

El hacer de tragabolas, admitido cuando las bolas son anisetes, aspirinas u hostias, que para eso las hacen chiquititas y monas, pero no cuando son ruedas de molino, difíciles de tragar en cualquier edad.

El estar al pie del cañón, ¡viva Agustina de Aragón!, es nuestro deber en todo tiempo y lugar y sobre todo si los que están enfrente son franceses.

A lo del reparto de bienes, en toda edad y momento, es aconsejable aquella máxima del prócer mexicano don Benito Juárez: "el prometer no empobrece, el dar es lo que aniquila". (1)

Y sobre fray ejemplo no hay que olvidar que este solo cumple su cometido en su óbito, Deseemos por lo tanto que nos tengan mucho tiempo en la picota.

En fin, como ve no admito esa discriminación de viejos-jóvenes, mujeres-hombres, negros-blancos, rojos-azules, sanotes-tullidos, ricos-pobres, albañiles-arquitectos, tontos-listos. Todos semisapiems por el lado catalizador del AMOR. Y a quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga. ANTON

(1) He tenido muchos amigos, muchos, que han repartido sus bienes y no recuerdo ninguno que antes de morir se no me haya dicho:

—Qué razón tenías, anda que si tuviera que hacerlo ahora..... pero después de la libre ida palos en la madriguera.

La soledad matinal

Es siempre grandiosa, siempre imponente cuando se la escucha, siempre triste para el enfermo y desesperante para el solitario ocioso. Todo lo que tiene de grata, de cómoda y de creadora para la persona ocupada, tiene de triste, deprimente e insufrible para el que oye los pequeños ruidos de las cosas, que el silencio acrecienta amedrantándole.

Pienso en los viejos e impedidos a los que cada minuto les trae la novedad de acentuar su aislamiento dejándolos más solos, hasta el punto de parecer que se borra del mundo el recuerdo de su existencia. Y pienso también en la mente despejada que no encuentra aplicación para su lucidez.

En cualquier momento de la vida es una equivocación no trabajar pero en la vejez es error y torpeza que no puede tener ninguna compensación y que amargarán en extremo los últimos días de la existencia.

La razón de que la mujer encuentre mayor amparo y mejor acomodo, es su utilidad, el no ser tan trasto inservible como el hombre que se abandona y no sirve más que de estorbo. De muchos de sus quebrantos sólo debe culparse a sí mismo y a no hacer por vivir de su trabajo hasta el fin en lugar de torturarse inútilmente en las madrugadas solitarias con los egoismos y las ingratitudes del mundo. ¡Qué ejemplo y qué sabiduría intuitiva la de Marcelo Redondo que a esas horas, cuando tantos gimen como almas en pena, se tira del camastro y se va a la viña para toda la semana, sin parar más que para comer y dormir, que lo hace sin desvelos, porque para dormir a gusto no hace falta más que buena cansera y sueño.

Buscarle al ocio distracción y pasatiempos en lugar de ocupación es calmarlo que, como todos, perjudica a quien abusa de él; el juego, el humazo y la inacción deterioran la máquina rápidamente impidiéndole funcionar. Y como al cabo ha de volver a la casa fría —fría por falta de amor— le aumenta el desvelo y le hace más mortificante la incomodidad, cosas que la labor aminora o hace menos perceptibles.

Cualquiera que pase por situaciones de esta clase y les dedique un momento de meditación se hace cuenta clara de las realidades que se proclaman. Los demás, es decir, los que no les pasan, son meros teorizontes que se figuran lo que no es y planean las cosas a medida de su inconfesada comodidad para conformarse a sí mismos en su plena satisfacción con la concesión placentera.

"y al cabo con gran exceso
me arrojarán algún hueso
que sobre de la perdíz".

Es una injusticia y una infamia, pero no se evitan, al menos en parte, más que bastándose a sí mismo y viviendo de su trabajo mientras se pueda, que casi siempre se puede si se quiere, comprendiendo que exhibir la lástima es esperar en vano y además imposible, porque un vacío no hay quien lo llene, según el dicho popular.

Genio y figura alcazareños

Comentando la vida alcazareña, en el fascículo anterior, se aludió a la complacencia que tuvo Alcázar en verse representado en la política por Estrella, en lo eclesiástico por Juan Tello, en lo médico por Don Magdaleno, en lo pedagógico por el Sr. Bernardo y en la arriería por la Escobara, brotes nativos todos ellos de las matas esteparias y pinchudas propias de la tierra salitrosa.

Surgieron estos nombres al correr de la pluma, pero en verdad que fueron representativos del genio de la raza y de las posibilidades humanas en la época en que vivieron, cuando la gente se debatía en una escasez tan estrecha que rayaba en la miseria y era de todo punto incompatible con la blandunguería y la holganza, pero hay que haberlo vivido para rememorarlos y conocido a estas personas en sus trajines para comprenderlas y apreciar su valor.

Podrían citarse otros nombres y se vería que es lo común en todos ellos el rasgo de la asperidad, porque no era atributo familiar sino cualidad del terreno que se les transmitía como se transmite a los cardos el ser pinchados. Ellos fueron ejemplares sobresalientes en su época, pero su genio era cualidad general de la villa y en cualquier padre de familia se podrían recordar las mismas normas educativas porque el rigor era impuesto por la necesidad y se le mantenía como mal menor y medio de librarse de otros azotes.

La garrota y la leche de Estrella esgrimidos a cualquier hora pero sobre todo a las altas de la noche, eran el símbolo de la protección paternal y de que el que bien te quiere te hará llorar.

La palmeta del Sr. Bernardo el Cardaor era el medio indispensable para suavizar como la badana a las pandillas de chicos semisalvajes como lo fue la del cascarrabias fray Andrés.

La borriquería de Don Magdaleno fue precisa para que la gente se tragara aquellos papelillos de quinina o el aceite de hígado de bacalao.

Y hay que haber conocido a la Escobara en su casa de la calle de San Juan con las habitaciones llenas de baúles, sillas de Vitoria, espejos, cuadros y palanganeros para poblar un poco los nidos de nueva formación.

Y lo chocante es que la genialidad de estas personas sobresale entre un conjunto de conformidad y resignación formado por todos los artesanos del lugar y no pocos gañanes y peones o empleados que toman a broma la desgracia.

Estos eran los ejemplares notables de un pueblo sentado sobre los colmillos de la piedra descarnada por las aguas, los Pílancones y las Abuzas de una parte, los Alterones y las Piedras de Zamora de otra, con sus caídas amplias.

Por la extensa llanura corren las aguas y se acumula la tierra arcillosa de las cercanías que es el migón representado por la otra gran mayo-

ría de gentes apacibles y dadas a la broma con el más escéptico encomiamento de hombros.

Estrella, la garrota de Estrella, no tenía par en la defensa del orden y de la conveniencia de cada hijo de vecino. Un garrotazo o más bien la amenaza de un garrotazo, metía a los alborotadores en su casa agachando la cabeza y evitándoles encuentros con la Justicia que maldita la falta que les hacía.

Don Magdaleno, el hombre de mal genio y buena volutad, consideraba la parroquia como un feudo en que no consentía la entrada de intrusos o transhumantes. La asistencia del enfermo la tomaba como obligación ineludible que jamás abandonaba hasta verle restablecido, considerando el cumplimiento de sus deberes como inexcusables.

Preguntaba por las medicinas tanto como por la enfermedad, como confiando plenamente en ellas, las vigilaba y hacía de ingerir algunas dosis a la fuerza bruta venciendo la repugnancia del enfermo que se ahogaba por no tragar, pero quedaba siempre patente su autoridad, su interés por curar la enfermedad y la necesidad de caminar por lo derecho con relación al médico.

La Escobara vendía los trastos como los alfareros los cacharros en el alfar, de una habitación en otra, mostrando lo que comprendía que iba a llenar más en la vivienda que le explicaban, apañándolo todo muy bien.

Juan Tello hubiera llevado a todo el mundo a la iglesia a la buena de Dios, como si lo llevara a santa Agueda y con la misma facilidad ingenua: veniros, muchachos, que veréis lo bien que estamos aquí. Y les hubiera hecho un zurra en la sacristía, que no era nada malo, porque Juan era pan bendito.

Estos hombres fueron en sus funciones de una rigidez insobornable, aunque luego en el fondo no eran nadie, pero tocante a la obligación según la entendían no se doblegaban por nada, conociendo al personal con que trataban.

Sin la palmeta del Sr. Bernardo no hubiera sido posible meterle la cartilla a aquella caterva de chicos, más listos que el hambre, pero incapaces de fijarse en nada que no fuera buscar comida o hacer diabluras. En la escuela del Sr. Bernardo iba todo a punta de lanza y gracias a eso salieron de ella casi todos los estacionistas.

En todos brillaba el interés por la función que ennoblecía cualquier exceso de los muchos que cometían diariamente, pero a don Magdaleno le amanecía en la punta de la calle de Toledo, a Estrella en el Santo y el Cardaor quitaba él mismo la escarcha para entrar en la escuela o para cerrarla por las noches después de tres jornadas a escuela llena.

Don Magdaleno, que era la mejor cabeza y el más compenetrado con las necesidades públicas, decía a lo último de su ejercicio, aguantando la falta de puntualidad, que mientras el Alcalde no infundiera tanto respeto que al asomarse a la plaza dijeran todos:

—Callar que viene el Alcalde, no podrían marchar las cosas bien. Y quién sabe si tendría razón, porque de otras cosas puede que nos libremos pero de la palmeta estoy en que no.

HILACHOS

En estos trabajos de recopilación pasa como en los de tejidos case-ros, que sobran hilachos, pero no se pueden desperdiciar pensando en lo que ha de pasar para encontrarlos quién los necesite después, si es que los halla.

Algunos de esos residuos tienen interés por ellos mismos, por ser hebras largas o fuertes, y los que no, por su relación con el conjunto de la Villa, por su mezcla de coloridos o por el valor que dan a otros acontecimientos contribuyendo a esclarecer los motivos o razones a que obedecieron.

Por ejemplo, en una sesión de las vísperas de la Pascua de 1913, Bonifacio Racionero, (el de la Simona, para entendernos), propuso que se pidiera a la Compañía que pusiera en condiciones reglamentarias la entrada de la Estación y que se le llamara la atención para que no se detuvieran sino el tiempo reglamentario los vehículos que atravesaran el paso a nivel de la carretera de Criptana.

Figurarse los carros y carrillos que han pasado desde entonces y lo que diría ahora Bonifacio si tuviera que pasar y cómo le bailarían la barriga. Pues la noticia es muy transcendente en su nimiedad, incluso para la economía de la población y ahí está desde que se sentó la vía, pero ¿es que hay un reglamento para eso o fue un decir de Bonifacio?. Porque estaría bueno que hubiera una ley de la que no conociéramos más que la parte estrecha.

Todos los trasiegos del personal son útiles en la Villa, al menos para recordarnos y conocernos.

El día del Niño de 1914, cuando se le estaban ajustando las cuentas a Estrella, tomaron posesión como concejales los Eulogios, él mismo que era Alcalde y Eulogio Quintanilla, don Enrique Fernández, Emilio Paniagua Navarro, el padre de Emiliete, diminutivo de ternura creado por la madre, León Escribano, Pablete y Jesús Sánchez Lizcano, (el padre de Heliodoro), que habían sido elegidos el 9 de noviembre. Se eligió primer teniente a don Enrique, segundo a Manuel Alberca, tercero al Zapatero Gordo, cuarto Luis Sierra Comino, cuyo segundo apellido no es corriente que figure en ninguna parte aunque sea poco confundible por no tener hijos, Síndico Bernardo Sánchez-Mateos Romero, (el Sacristán) y suplente Manuel Lizano Molina, segundo apellido también poco usado, pero se trata de Manuel el Cabrero, padre de Polonio, el sordo de las vacas, uno de los hombres de mejor carácter de Alcázar, alegrador diario, a primera hora de la mañana y última de la tarde, de la calle de la Estación en su gran época, despertando a todos los trasnochadores que a esa hora yacían tranquilamente en sus camastros.

A poco ocurrió el percance de Antonio López, vanidoso y estulto juez de Estrella, quedando la alcaldía en manos de Don Enrique, el cual dió a conocer una carta de la casa Butcems y Compañía de Barcelona pidiendo detalles para hacer proyecto y presupuesto de alcantarillado, encargándose a la Sociedad de Aguas que lo hiciera para luego remitirlo.

Estrella, que tenía su llaga, pidió que se pagara lo que se debía de las escuelas del Santo y confirmada la destitución del Alcalde Antonio López se nombró a Eulogio Quintanilla dándole posesión Don Enrique, iniciándose una larga época de procesamientos y disgustos, pero ahora no por política sino por los caudales.

Complicado con esto de lo que no hay por qué hablar, motivado o consecutivo al complicado y variado proceso, llega a conocerse el segundo apellido de Don Gemino que por tener ese nombre nadie le decía otra cosa, era Gemino Martínez Hubert, según se comprueba en su instancia dimitiendo el cargo. Y otro detalle de interés en los apellidos, que solicitaron la plaza José María Gómez Sánchez Alarcos y Epifanio Pérez Mercader, dándosela a José María que jamás usaba el Sánchez como Epifanio no usaba el Mercader. José María prestó una fianza de 5.000 pesetas en dinero y 10.000 en fincas, haciéndole la escritura Bernardo el Sacristán como Síndico.

Como ya se ha hablado otras veces de lo de la lápida de Cervantes, incluso con la anécdota de Enrique Manzanique, debe registrarse aquí, porque le da verosimilitud, que en julio de este año 1914, se presentó una instancia de varios vecinos solicitando "la demolición del torreón levantado en la plaza de Cervantes para perpetuar la memoria del autor del Quijote, por el estado indecoroso en que se encuentra y servir solo para estorbar el tránsito de carruajes, pudiendo sustituirse dicho torreón por una lápida de mármol que diga: —Casa donde nació Miguel de Cervantes Saavedra, autor del Quijote— cuya lápida podría colocarse en la fachada de la casa existente en dicha plaza en que tuvo lugar su nacimiento". Se acordó tal cual y este relato da certidumbre absoluta a la anécdota de Enrique, ya conocida, que no salía de su asombro.

En agosto de ese año, Juanillo Junquillo pidió el encintado para la acera de la casa que había hecho en la plaza de la Fuente.

Alguien tal vez diga, ¿Bueno y qué?.

Pues nada, que ese detalle formulario y tonto, quiere decir que caucaban las pasaeras, porque la casa estaba hecha en la de Carreño, el padre de la Marina, de donde arrancaba aquella escalinata horizontal que sirvió para cruzar sobre el agua, haciendo equilibrios, desde la más remota antigüedad, que muchas veces, muchas, fue espectáculo como de cucaña, con los portales llenos de gente amparada de la lluvia y cada vez que alguien se aventuraba a pasar, las voces y el jaleo resonaban en toda la plaza y si era mujer y enseñaba las canillas, los rebuznos llegaban al Arenal.

Entre tanto seguía la borrasca en el Ayuntamiento, desencadenada por Estrella, claro, ajustándoles las cuentas a los que pretendían ajustárselas a él y el juez, como uno de los requisitos de la causa, pidió la reposición inmediata de 17,850 pesetas que entonces no era grano de anís ni comparables a las 7 pesetas de la huerta de la Fuente.

Ya estaba el mundo en llamas y a pesar de las inquietudes de sus componentes, el Ayuntamiento acordó un donativo de 25 pesetas para la Cruz Roja y otras 25 para la suscripción abierta por iniciativa de S. M. la Reina para socorro de repatriados que llegan a nuestro país con motivo de la conflagración europea.

El mes de octubre de 1914, las monjas de la Sagrada Familia pidieron subvención de 1.200 pesetas para poder pagar el alquiler del local del colegio recientemente instalado, comprometiéndose a dar instrucción gratuita a 30 niños, cosa que se le concede.

En diciembre, por exceso de trabajo de los médicos titulares y para evitar que dejen de atenderse las necesidades de los enfermos de Beneficencia, se nombra médico auxiliar de los titulares a Don Rafael Bonardell y Sánchez-Mateos, con la asignación de 2.000 pesetas anuales a partir del mes de enero siguiente.

Un poco antes se había tomado el acuerdo de que la comisión de la Cruz Roja del partido se instalara en las habitaciones del Hospital Viejo.

Y una instancia de Estrella para que se "abra una calle por el terreno de su propiedad a la espalda de San Sebastián, cediendo sin interés lo que se puede necesitar".

Antonio Murat sigue coleando y pide que se le faciliten medios de dedicarse a estudios de bellas artes, especialmente para ilustrar asuntos del Quijote. Sintiéndolo no se le atendió pero se le hizo la promesa de recompensarle si presentaba algún trabajo de mérito artístico suficiente.

Ya en el 1915 entraron en la Junta de Asociados algunos cuyos segundos apellidos pueden interesar para su identificación a los investigadores futuros: Narciso Sierra Pantoja, Antonio Ortiz Barros, Inocente del Hierro García, Gabriel Ruiz Morollón, Pedro Lubián Cruz y Pedro J. Cañizares Valero entre otros.

También por estas fechas hizo el Ayuntamiento una selección de chicos para que recibieran enseñanza por la subvención que recibía el colegio.

Los seleccionados fueron Antonio Navarro Paniagua, Saturnino Cortés Cepeda, Manuel Zúñiga Sierra, León Carrascosa Vázquez y Ramón Mendoza Casero, recomendándose que en la primera vacante que se produjera se diera preferencia a Pedro Montoya Lucas que era otro de los solicitantes.

Y llega el Teléfono.

El 17 de marzo de 1915 aparece una notificación de la Dirección Ge-

neral de Comunicaciones designando a esta localidad para establecer un centro telefónico urbano explotado por el Estado, según lo participaba el jefe de telégrafos, haciendo también presente que no era suficiente su oficina para incorporarle ese servicio pero que podría hacerse en la casa de Don José Ortiz de la calle de la Marina 8 para lo cual el Ayuntamiento abonaría la diferencia entre las 900 pesetas que pagaba el Estado y las 1500 que rentaría dicha casa y así se acordó.

Una prueba concluyente del mucho tacto que tuvo desde el principio la casa de la tía Catorce citada en el fascículo anterior aparece en la sesión municipal del 30 de noviembre de 1910 en la que don Angel el de la Cera y otros vecinos pidieron su clausura "por perjudicar a la salud del pueblo en general y a la tranquilidad de los vecinos".

Era verdad lo de la salud por las enfermedades llamadas secretas que es a lo que alude, por entonces muy extendidas y casi incurables, pero Don Angel, que vivía enfrente y era hombre atildado y galante, no pudo decir otra cosa y el Ayuntamiento tuvo que desestimar la petición por "no haber escándalos ni haberse recibido quejas de ninguna clase"

El 7 de julio de 1915 dedicó Murat un busto de Cervantes al Ayuntamiento y pidió que se le ayudara para hacer trabajo de mayor mérito artístico y presentarlo a la exposición que iba a tener lugar con motivo del centenario de Cervantes. Se le concedieron 200 pesetas.

En aquellos días ocurrieron varias cosillas relacionadas con nuestros paisanos, una de ellas el ascenso al generalato de Don Andrés Alcañiz Arias por lo que el Ayuntamiento creía que debía rendírsele un homenaje de cariño, acordándose que la calle Ancha, que es donde nació en humilde cuna (la carpintería de Pepico, frente a donde luego estuvo la hojalatería de Notal, y ahora la tienda de Jesús Cano) se llamara en adelante calle del General Alcañiz y estuvo muy bien puesto, lo contrario que don Magdaleno, que le sobra el García Alcañiz, porque al general no lo conocía nadie y a don Magdaleno lo conocía todo el mundo y durante 40 años estuvo bregando con él. El general murió en octubre de 1918 muy encariñado con su pueblo.

Y ya puestos a ser generosos, ese día se acordó adquirir 200 ejemplares del Quijote y regalárselos a los niños de las escuelas el día del tercer centenario de Cervantes.

Y Estrella, un tanto envanecido de la llaneza con que le saludaba el Rey al pasar por la estación, se salió un poco de madre y propuso que al paseo se le diera el nombre de avenida de Alfonso XIII.

Y por fin salió la música a recibir al general Alcañiz, pero al año siguiente y le pagaron 50 pesetas. Lo que no consta en acta es si el recibo se lo pasaron después a Don Andrés, pero de aquellas cosas.....

Coincidiendo con eso, Pepico, el hermano de Don Andrés, hizo 143 cajetines de tabla para proteger a los árboles nuevecillos, por los que percibió 193 pesetas. Y Antonio Morollón —Calcillas— 95 por dos cubas para extraer las aguas sucias.

Tiene tan grato saborcillo el recuerdo de las menudencias locales que cuesta trabajo no citarlas por creer que a todos los alcazareños les gustará igual y con el tiempo, relacionando unas cosas con otras, les servirá para fundamentar y situar su propia vida y circunstancias.

Muy a primeros de ese mismo año 1916 le adjudicaron a Jesús Lucas la construcción de nueva planta de las escuelas de la carretera de Herencia con vivienda para los maestros, en 20.000 pesetas haciendo el derribo por su cuenta y rebajando 1.500 pesetas por los materiales de la obra vieja.

También se designó a Rafael Bonardell para asistir a los vecinos de la Alameda, facilitándole un carruaje o caballería para trasladarse a ella en los casos que fuera necesario. Es el único médico alcazareño que ha tenido obligación de visitar a caballo un anejo de su partido y hubiera sido muy instructivo escucharle las peripecias de sus andanzas, tan continuas y tan penosas en otras demarcaciones.

Mariano Lucas y el hermano Jaro Rufao como peritos hicieron un informe favorable a la enajenación de la huerta de la Fuente en cuatro mil pesetas y que se sacara a la subasta, que se declaró desierta dos meses después por falta de licitadores. Y eso que ya empezaba a removerse el paraje con las urbanizaciones o quién sabe si fuera por eso mismo, porque ningún labrador quiere que le pataleen las tierras o se le lleven los frutos y el primer conato de invasión fue la solicitud de Don Rafael González Golderas, (Don Rafael el Inspector), Francisco Molina Mínguez (Paco el de la botica) y Juan Leal Leal (Juan el Mueso), pidiendo alineación de las parcelas que tenían en el camino de la Puebla, por el paso a nivel de Rivas, donde pretendían edificar y edificaron las primeras casas de las barras, según las nombró la gente. La huerta fue adjudicada en una segunda subasta a Julián Rivas Quiralte (el Civil) en 3.507,50 ptas.

Y murió Nicomedes Morollón, el gran Nicomedes, alma del Ayuntamiento, sustituyéndole Inocente Garrido y pasando Emiliete a oficial primero. Dados los servicios prestados por Nicomedes durante 39 años, se le concedieron a la viuda, Rafaela Cortés, la Cartera, cien pesetas para los gastos del sepelio.

Y se nombró oficial segundo a Vicente Romero Sánchez-Mateos, segundo oficial y segundo hijo de Brocha y el que más se parecía a su padre.

Los consumos se le adjudicaron al Cojo Estrella (Eduardo Sánchez-Mateos Palomares) en 180,872 pesetas, que era un cerro muy grande, más que el de San Antón y hacía decir a la gente: "pero dónde vamos a parar". Y efectivamente, todavía no hemos parado y Dios sepa, pero que da miedo ver el barranco también es cierto.

La prueba de lo que impresionaban las cifras a pesar del remate, es que se celebró una sesión extraordinaria para rebajarlo por reconocer que no era posible cobrar los derechos que marcaban las bases y se bajaron 3.000 pesetas en otro remate de 15.011.

En San Sebastián de 1918, que iría la gente por allí, se acordó llamar de "Isaac Peral a la calle de nueva construcción situada a continuación de la travesía de la de Salamanca.

Y se socorrió con 9'80 a Pelecha que se daba arte para lograrlo y menudeaban las peticiones, siendo el vecino socorrido con más frecuencia.

El intríngulis de la calle de Estrella.

También coincidente con la fiesta del Santo y a lo mejor con el correr de los caballos, e ir todos por allí, se presentó el último del mes el informe de la comisión referente a la apertura de calles en terrenos propios de Estrella y de Inocente Ortega, situados a espaldas de San Sebastián, resultando que en la propiedad de Inocente se había trazado una calle paralela a la existente en la propiedad de Eulogio y tres transversales de saliente a poniente con ocho metros de anchura cada una que unen las dos primeras, empezando la primera, que parte de la calle nuevamente trazada, a los 74 metros 70 centímetros y atraviesa terrenos de Inocente, de Eulogio y de Don Ramón Baillo, la segunda a los 40 metros 70 centímetros medidos desde la anterior, y la tercera a los 52 metros 20 centímetros a partir de la última, proponiendo que tanto para el ornato público como para comodidad de los que edifiquen, es de necesidad la apertura de las mencionadas calles. El informe quedó aprobado con el voto en contra de Eulogio por considerar que la entrada primera no le hace falta al Ayuntamiento y se hace por comodidad de un concejal.

Se aprobó el dictamen de la comisión, pero a la sesión siguiente, 6 de febrero de 1918, Inocente Ortega, que era el concejal aludido al hablar de las transversales, sacó a relucir que Eulogio había vendido el terreno a dos pesetas mientras que Vicente Calcerrada lo había vendido a setenta céntimos. Don Marto, irónico, dijo que Estrella no debía limitarse a regalar una calle sino también la transversal trazada por él mismo, puesto que conviene a la población y debe quedarse expedita colocándose los hitos correspondientes.

Se sentía reforzado porque él, al darse cuenta en la sesión anterior, de la instancia de Enrique Manzaneque, Frasco, Paco Quinica y Talán proponiendo hacer un parque o paseo en los terrenos comprendidos entre la Covadonga y el ferrocarril de Andalucía, cediendo al efecto la faja de

terreno que señalaba en el dibujo que acompañaban, equivalente al ancho de cuatro calles de 13 metros, vió la idea con entusiasmo y ofreció en favor de ella un pedazo de dos fanegas que tenía entre esos terrenos. En el mismo sentido se pronunció el Síndico que lo era Isidoro Paniagua y pasaron a formar la Comisión, en unión de los proponentes y de los simpatizantes, Bonifacio Lucas y Bernardo el Sacristán.

En la semana Santa de ese año se le abonaron a la música de Lillo cien pesetas por asistir a la procesión del Santo Entierro y varios entusiastas pidieron que se creara una música.

—Se abrió un concurso para el arreglo del reloj y se le adjudicó al maestro relojero Alfredo Saiz en doscientas pesetas, autorizándosele para llevárselo a su domicilio para limpiarle y repararle.

—De la misma fecha es que fray Indalecio Casero, alcazareño, provincial de los franciscanos, pidiera el terreno de la Mina para hacer el colegio seráfico. Se le cedieron gratuitamente. Eran 387 metros medidos por Leoncio Chocano y tasados a 12 pesetas. El asunto se comentó durante tiempo por las aspiraciones de los vecinos que no querían ser menos que los frailes.

La ferocidad de la guerra, que no se ha terminado, tenía tan consternado al mundo, que Alcázar, nunca entusiasta de verdad pero jamás falto de romanticismo, acordó suspender los festejos de la feria y dar el importe a los pobres de la localidad, aunque por fin se celebraron algunos, porque aquí nunca dolieron prendas para subir los muertos al cielo y recordarlos mejor.

Con el vaho de la sangre derramada todo iba para arriba y el Ayuntamiento, teniendo en la poltrona un hombre tan apacible y sosegado como el Zapatero Gordo, se elevaron las tarifas de los documentos librados por el Ayuntamiento, licencia de obras y servicios de los cementerios. Claro, con tantos muertos aumentó la demanda de enterramientos y encarecimiento del producto, no falla, pues hay que recordar que fue cuando la gripe famosa, tristemente famosa, que hizo al gobernador trasladarse a este distrito, visitando a los enfermos, inspeccionando los servicios e instalando en la estación uno permanente y completo de sanidad para poder atender prontamente a los atacados, dando ejemplo a las autoridades y levantando el espíritu público deprimido por los estragos de la enfermedad.

La Alcaldía propuso que se pidiera la cruz de Beneficencia para dicho señor, Don Fernando Maldonado Pareja.

Pero el asunto de los cuartos no estaba tan boyante, pues aparte de lo dicho anteriormente sobre los remates de arbitrios, que son buenos factores para apreciar como van las cosas, en esta ocasión, Cobete, (Francisco Monge Ramos) que venía siendo rematante, como buen placero, se

quedó nuevamente con los puestos públicos, por renuncia de Mariano Vela que prefirió perder la fianza a tomar la cobranza.

El problema de las humedades iba tan para arriba que se llegó a proponer el corte de las aguas potables.

Don Aurelio Serrano lanzó la idea de dar el nombre de Juan de Dios Raboso a la calle donde vivió este ilustre alcazareño, suprimiendo el de Alcolea que llevaba. Y otro cambio notable en la misma vía, que Socorro el conductor pidió en ese tiempo alineación para hacer su casa en la escuela del Sr. Bernardo, enorme y ruidoso salón en el que durante muchos años se domaron y se instruyeron los chicos más traviosos del mundo. Inocente Vaquero propuso que se le diera el nombre de Don Joaquín Alvarez a la Plaza del Altozano, demostrándose una vez más lo fielmente que se cumple la ley de las rachas.

—Y para que se vea lo que son las imaginaciones calenturientas, el tío Pedro el Maestrín, pidió ayuda para publicar un folleto sobre el problema de la autonomía de Cataluña, que es una ocurrencia.

—Y se hizo la alineación de la casa de la Josefa Archidona, esquina de Francisquillo el sillero, chaflán que resulta al alinear con Don Miguel Henríquez de Luna y Don Lorenzo Carrión, uno por la Castelar y otro por la Marina, por entonces una de las esquinas mas comerciales de la Villa, sin que ahora lo sea menos. La alineación la practicaron Mariano Lucas, Dionisio Beamud y Gregorio Galán.

Comienza el año 1920 con la cesión gratuita de los terrenos para una calle de doce metros de ancha que empieza en la calle del Cuartel y termina en la Mina. Es la calle de Goya actual y la cesión la hicieron Don Patricio Ubeda, Don Lorenzo Carrión, Don Enrique Bosch, Doña Paz Baillo y Doña Antonia Arias, agradeciéndoseles la generosidad.

—Todo el mundo pedía aumento de sueldo por el aumento de las subsistencias que no han parado ni lo uno ni las otras, hasta que se rompa la cuerda, como lo hizo Enrique Manzaneque renunciando a su cargo de farmacéutico titular.

—Don Protasio Rodríguez Fulgueira solicitó variar los límites de su finca de Cinco Casas en el sentido de que el camino llamado de Hermosura o de Nieva pase actualmente por su finca.

—Como las fantasías no faltan nunca, Antonio Murat pidió que se le ayudara para establecer una escuela de Artes y Oficios.

—Se hizo un concurso para la explotación de la sal de las lagunas de las Yeguas y del camino de Villafranca, que quedó desierto, pero en otro segundo se le dió el arriendo de la explotación de la sal al único postor, Quintiliano Maroto Patiño, cuyos apellidos son sobrado elocuentes para saber de dónde era. La renta se fijó en dos mil pesetas.

—Los Leones piden alineación de su terreno de la calle del Cuartel esquina al Arroyo de la Mina para edificar en él y también Félix García Pedrero (el Catre) para alinear un trozo de casa en la calle de Salmerón y Plaza de la Fuente número 9. Se trata naturalmente del Catre hijo, que todavía se recuerda mucho, pues el padre se llamaba Domingo como se ha dicho mil veces. Para hermostear y dar más anchura al paso de la carretera a la plaza de la Fuente, se le expropió una parte que se valoró en 2,025 pesetas, que ese era el valor del terreno de la plaza hace tres días y medio.

—Y se va hacia el final del año 20 con una euforia general por el comienzo de las obras del alcantarillado, obra de grandísima importancia para la población que no tardará en redundar en beneficio y prosperidad de la misma, dijo el Alcalde y demostrará de llevarse a efecto como espera y confía, un alto grado de cultura, puesto que está se manifiesta en todos los pueblos no solo por el número de almas que acuden a las escuelas, sino por el número de metros de alcantarillado que poseen, es decir, por toda obra como la de que se trata que tiende a alejar las materias nocivas aislando al individuo de todo peligro de infección. Se ve el enardecimiento por la idea y se prodigaron los plácemes a todo el mundo haciéndolos constar en acta, para el digno presidente de la comisión Don Enrique Bosch Herreros, para el ingeniero Don Casimiro Juanes, a los obreros y a todo el vecindario esperando que se suscriban todas las obligaciones hasta cubrir el capital a que alcanza el empréstito.

A D I V I N A N Z A

En Alcázar de San Juan
hay un médico poeta
que según los aires van
igual te cita un refrán
que te escribe una receta,
o te puede propinar
algún golpe de lanceta
porque le gusta tirar
con una larga escopeta,
Actúa sin más embrollo
y le dá presencia bella
con magro, jamón y pollo
como si fuera un pimpollo
a la estupenda paella
El jamón le tira mucho
y lo coloca por banda
bien serrado por Perucho
satisfaciendo a la panda
con corte al bies y serrucho.
más claro no puede ser

ya adivinaréis quien es
porque llevó en Primavera
una especie de gorguera
como una blanca collera
que dicen le estaba bien,
más si le agregas a eso
que le gustan las fritangas
el buen vino y el buen queso
y también las cuchipandas
te lo digo muy sincero
que ya sientes su semblanza
retratado a cuerpo entero

Dos ilusos de la Villa,
hicieron esta letrilla,
de pretendida semblanza,
y será una maravilla,
acertar de quien se trata,
sacándole por la traza,

RINCONES MANCHEGOS

El cementerio de Tomelloso

Decíamos en el libro de las plazas manchegas que lo primero en divisarse en nuestros pueblos desde larga distancia era el templo parroquial y que guiados por él se llegaba a la plaza con toda seguridad.

Hay otro detalle que no falla al acercarse al caserío de cada pueblo, que es el cementerio, cuya observación desde los caminos habla de la marcha de la vida en cada lugar, dado que en ninguno falta el deseo de dedicar a los muertos el recuerdo más ostentoso posible por aquello de ser el último y muchas veces por lo que se diga o se piense de los supervivientes. Aún en los sitios que el Camposanto es una mera corraliza porque no hay para más ni se necesita, tampoco falta la imagen del ciprés que nos indica con su severidad el destino de aquella cerca.

No son estos monumentos que atraigan para ser visitados, pero precisamente la inmensidad de la cerca nos hizo apartarnos un día para ver el del Tomelloso.

¡Qué impresión tan profunda la de su contemplación!. Su grandiosidad no difiere de la de su plaza, de sus calles y del pueblo todo, es inmenso, pero lo importante es la sensación que os deja de ser un cementerio donde los muertos están menos enterrados, más bien como si no estuvieran enterrados y os esperaran en su patio para ir en vuestra compañía a buscar acomodo en el otro mundo. Se convive con ellos, se les ve y la relación interminable de los nombres que se siguen manejando continuamente, estrechan esa familiaridad que no rechaza el olorcillo a muerto no enterrado y tules, cintas y coronas en descomposición, igual que en la casa antes del entierro.

Es sorprendente este sentido de intimidad en un sitio tan grande. En el cementerio de Tomelloso siguen los duelos familiares como el día de la defunción, el muerto un poco apartado pero presente, contando con él y viéndole a voluntad, por lo que seguramente nadie cree que allí no haya nada y le asombraría mucho si lo comprobara, como le pasó a mi padre el día que vió desenterrada a su hija moza.

Ni medroso ni triste el cementerio de Tomelloso ni tan solos los muertos como en la rima Bécqueriana, allí están en su segunda plaza, formando corros, alcahueteando sobre los que llegan y las rastras que se dejan en el mundo o los que cruzan aceleradamente a soltar la pesada carga de algún nuevo difunto que ya tiene hueco hecho en la reunión.

Numerosos recuerdos y fotografías, cuidadosamente preservadas de los agentes destructores, muestran a los muertos vivos y en su forma más característica, como si continuaran viviendo y os invitaran al diálogo que os deja pensativos al contemplar, como si os transmitieran en masa la abrumadora lección de su experiencia, que en cualquier cementerio os dejaría helados, pero en este no tanto, porque no

"azota en los vidrios
el fuerte aguacero"

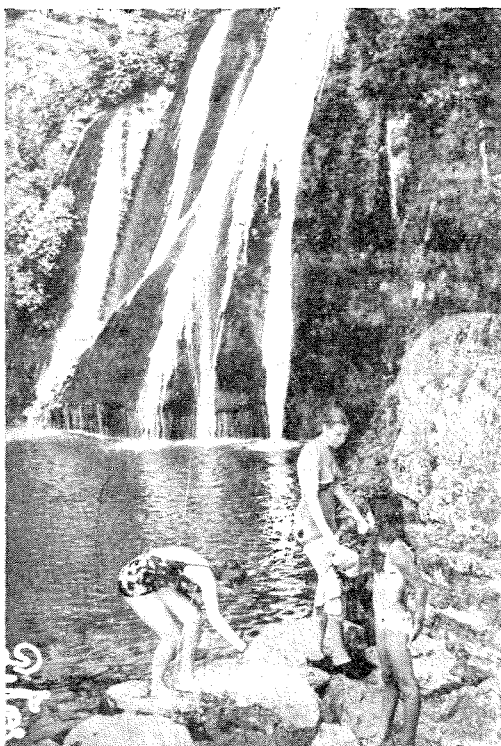
Ni

"Combate el soplo del cierzo"
Y tal vez, de frío
no "se hielan sus huesos".

LOS CHORROS

Los desniveles de nuestra pintoresca geografía dan lugar a muchos contrastes singulares, tan asombrosos como los del río Piedra en Arcos de Jalón, originando un jardín de hadas en un terreno reseco y estéril imposible de imaginar.

En La Mancha pasa lo mismo en cuanto se presenta la diferencia de alturas aún sin grandes cerros como pasa en las Lagunas de Ruidera saliendo del campo raso de Montiel y en este nacimiento del río Mundo en el cinturón montañoso de Alcaráz que limita nuestro campo por su parte.



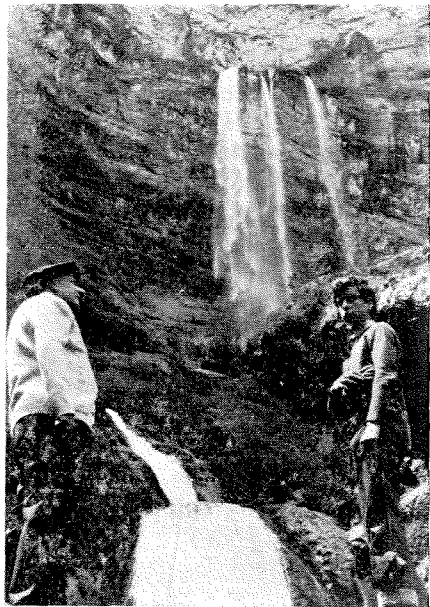
Cruzando transversalmente la sierra en cincuenta y tantos kilómetros de un terreno cobrizo, se halla orilla del camino un mura-lón montañoso que cierra el paso y da salida por sus entrañas a las aguas de este río, ni muchas ni encauzadas, pero que horadan la roca y forman cascadas preciosas que es un deleite contemplar. Les llaman Los Chorros porque lo son y se ve, al llegar, esta pozanca a la que caen los chorros de una charca de más arriba y más pequeña que recibe las aguas a través de la roca, cosa que también sucede a varias de sus corrientes hacia abajo.

Tal vez no esté bien explorado este regateo de las aguas por dificultades de acceso, pero el fenómeno parece lógico considerando como nacimiento del río la fuente del espino en el cerro Calar del Mundo. Las aguas corren como unos doscientos metros desde la fuente y se sumergen en la montaña a 400 varas de altura habiendo formado una cueva grandísima como a dos tercios de su altura con unos siete kilómetros de larga, numerosas galerías y cascadas que pulverizan el agua haciendo invisible la cavidad de grandes socavones cubiertos de estalactitas y estalagmitas, solo accesible a los especialistas y para eso en las partes más aseguibles. La nubosidad quita la visibilidad hasta con la luz artificial.

Desde la cueva, el agua se ha labrado a través de la roca las corrien-

tes que vierten en la charca de arriba y el agua de ésta, una parte por rebosamiento deslizándose por el acantilado, como se ve en la fotografía y otra por canales labrados por el interior del peñasco bajan a la pozanca donde estas simpáticas andaluzas se refrescaron a gusto con bastante envidia mía porque el agua estaba finísima y cristalina invitando a la sumersión, pudiéndose asegurar que a pesar de la mucha espuma, no cocía. Desde ella sigue el río su curso entre grandes pinares buscando su desagüe en el Segura.

Aunque lejano, es uno de los respiraderos que tiene La Mancha cuyas salpicaduras esponjan el cuerpo y el alma, pudiendo quitarse de un remojón la sofoquina de todo el año.



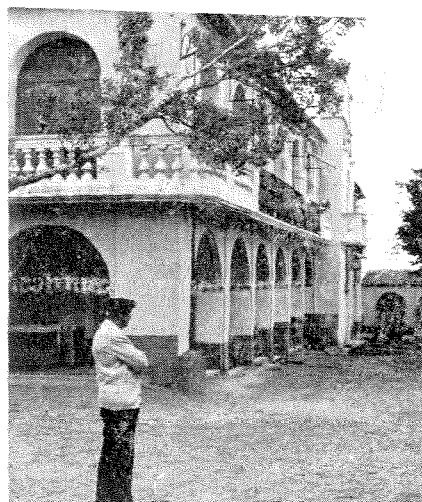
Al ajustar el libro XXXVI sobre las plazas manchegas, hubo que dejar fuera algunas páginas por imposibilidad material de acoplarlas. Una de ellas fue la que antecede que se hizo entre los pedruscos residuarios del cauce del río y que se incluye ahora en este libro XII con la idea de poder ilustrar más el paisaje con esta fotografía en la que se ven los chorros de caer desde la montaña iniciando la corriente del río.



A los pocos metros del nacimiento fluvial hay una gran piedra con este socavón enorme donde la gente guisa al acompasado son de las aguas que emergen por entre las rocas de la montaña.



Y junto al humero encuentra el visitante una hermosa explanada con asientos y mesas de madera del país donde puede comerse con comodidad y dormir la siesta arrullados por el murmullo de las aguas que bajan desde las cornisas de la sierra.



En las inmediaciones de Alcaraz existe el monumental Santuario de Cortes, de impresionante emplazamiento, cuya vista lateral se aprecia en esta fotografía, lugar de mucha devoción y numerosa concurrencia.



He aquí una calle de Alcaraz, en la que asoma la renovación por medias partes. El balcón florido y volado, parece lanzarse al espacio como ave en celada en busca de la pareja amorosa. Todo en la vetusta ciudad es inalcanzable, puro anhelo, aspiración que agota las escasas fuerzas de la vejez.



Calle por donde se entra a Riopar en lo alto de la sierra, que no es una callejuela sino su arteria principal, como diría Heliodoro. No cabe mayor desamparo ni tristeza más grande, donde solo Dios puede proveer la necesidad, excelente refugio para ermitaños de mucha vocación, porque el frío resquebraja hasta las piedras y aún en el verano requiere la lumbre.

Dos Barrios

Sobre los pueblos que nacieron duplicados, como de embarazo gemelar normal, es decir, con independencia absoluta y vida propia, sin posible confusión con los casos teratológicos de un cuerpo con dos cabezas o cuatro pares de miembros en un cuerpo único, hemos tenido la suerte de encontrar otro más que nos afecta de cierto modo, aparte de Los Yébenes, Los Hinojosos y Las Ventas del Puerto Lápiche. Se trata de Dosbarrios, cuya historia confirma y refuerza las consideraciones que aquellos nos sugirieron. El nombre ya es de por sí bastante expresivo y nos sorprende no haber caído en ello las veces que lo hemos citado en el curso de esta obra como lugar de nacimiento de los hermanos Jaén que tanto influyeron en la vida alcazareña a partir del casamiento de don Vicente con la Millana y del curato de don Leopoldo en Sant' Quiteria.

Hay la diferencia de que en los pueblos más inmediatos a nosotros perduraron las dos partes con más o menos dificultades hasta llegar a identificarse como hoy están y en Dosbarrios se perdió una, tan por completo, que apenas se aprecian algunos cimientos y por un acto sobrecogedor, parecido al de Trastámara con el Rey don Pedro.

Los dos barrios que dieron nombre al pueblo estaban separados por el valle llamado Val de Carábanos, siendo tan antiguo que los repobladores del año 1.230 decían: «repoblamos Dosbarrios».

Aquí del problema de Los Hinojosos: eran dos pueblos y cada uno de su señor, la fuente del agua estaba en el valle que separaba a los dos y sobre ella hubo tantas diferencias que el señor del pueblo que ahora existe, mató al del otro y asoló el barrio hasta que lo despobló.

Ahora parece esto una mezquindad, pero hay que haber vivido el problema de las aguas en los pueblos desabastecidos para darse cuenta de su magnitud y en esta obra hay sobrados indicios, incluso con la compañía del ferrocarril, que lo acreditan claramente. El agua y las mojoneras fueron motivo de muchas desgracias por altercados en aquella vida no sólo pobrísima sino miserable y muchas cosas cerriles pasadas indebidamente en Alcázar, eran consecuencia natural de aquel medio y de aquella vida que mantuvieron las almas de aspecto señorial, impregnadas del más rudo aldeanismo incivil, en forma que ahora resulta imposible de comprender.

En la línea del ferrocarril a Madrid todavía existe la estación de Huerta de Valdecarábanos, de terreno fértil, muy viñero, donde las Bilbainas hicieron una gran bodega. La estación y la bodega están si caen o no, pero caerán y quedará como una prueba más de la accidentalidad e inestabilidad de las cosas humanas, lo eterno, relativamente eterno, la tierra, el Val de Carábanos y Huerta que está a media legua de Dosbarrios, razón por la cual fusionarían los dos nombres en el de la estación.

Las aguas, que se vieron ensangrentadas por la ofuscación de los señores y después fueron estorbadas por la vía, aunque no pudo hacer

oidos sordos a su rumor, pudieran dar a quienes vivan el ejemplo de lo que puede su constancia como lección de vida, volviendo a surcar el Val de Carábanos tranquila y libremente, sin ansias ni malecones, fecundando mansamente la tierra en que el hombre ha de vivir y lo hace muchas veces empeñado en hacerla inhabitable.

No sólo la bodega y la estación se extinguirán en el abandono como tantas otras, sino la misma vía puede ser reemplazada por el transporte sin carril y verse arrastrada por las aguas, quedando los arbolillos de Huerta, primeros que preceden al jardín de Aranjuez, simbolizando el triunfo de la naturaleza que supo inclinarse al paso del vendaval desatado por el hombre para que no los desarraigara, dejándolo de pasar hasta perderse en su locura.

La casa de la fábrica

Inesperadamente pasé por su puerta hace unas semanas. La recordé y tuve que fijarme para reconocerla. Hecho a verla arrogante y como reina de los Sitios, no daba con ella confundida entre otras de moderna traza.

Aunque lavada la cara la encontré envejecida, arrugada y como rehundida en el suelo, cuando tan alta y destacada estuvo siempre. La contracción de la vejez es en ella tan manifiesta que impresiona y para como tenía en la parte alta una tablilla diciendo: "Se vende", que condena a su desaparición la primera y la principal casa de los Sitios.

No sé quien autorizará la venta, pues la última dueña que conocí fue la hija de Don Antonio Castillo, el prestigioso Alcalde, Dolores Castillo, que no tuvo hijos ni creo que a su muerte existieran herederos directos, pues su madre era hermana del filósofo alcazareño Don Tomás Tapia, rebrotando en ella la rama valetudinaria.

La casa fue de mucha potencia y la Dolores la tenía como dice Corralio Paniagua, como el ampo de la nieve, a fuerza de estropajo y arena con polvos hasta desgastar los poyos.

Después de más de cuarenta años de no andar por la calle ya no sé lo que ha pasado, pero de la fábrica que compró Simón Castellanos Pérez-Pastor, el mayor del tío Pití, primo hermano de mi madre, bien se ve que no queda nada y solo la casa principal en poder de la Dolores, mantenía el recuerdo legendario y el aire de grandeza de lo que un día fue castrense institución y remedio de las necesidades alcazareñas.

Vivir para ver y para dejar de ver.

La casa señorial que antes se veía desde el arco de la plaza en campo despejado, erguida y protectora, ahora no se ve ni estando junto a ella y pronto habrá desaparecido sin dejar la menor huella de su existencia ni aún en la historia por hacer de esta villa, tan frágil de memoria y tan propicia siempre a pasarle la esponja al encerado para borrar las huellas de sus plantas en el caminar de la vida.

Terminada y puesta en la imprenta la nota precedente sobre la casa de la Fábrica del Salitre, me llega milagrosamente —¿por qué no?— y por conducto del ilustre manchego, investigador perseverante y afortunado, gran enamorado de nuestra tierra, Don José Antonio García Noblejas, una separata del libro cuya portada, en extremo interesante, se reproduce como prueba de veracidad.

FLORES DEL YERMO,
PASMO DE EGIPTO,
ASOMBRO DEL MUNDO,
SOL DEL OCCIDENTE,
PORTENTO DE LA GRACIA,
VIDA Y MILAGROS
DEL GRANDE
S. ANTONIO ABAD,

ESCRITA
POR EL MAESTRO BLAS ANTONIO
DE CEBALLOS.

Corregida por Don Joseph Carrasco, Ex-Profesor de
Filosofía y Sagrada Teología en la Universidad
de Mallorca.



CON LICENCIA: EN MADRID.

En la Imprenta de Andrés de Sotos, calle de Bordadores.
Año de M. DCC. LXXXIII. 1783

A costa de la Real Compañía de Impresores y Librerías del Reyno.

cantidad de hacienda de la que se podía haber gastado en la fiesta del Santo despertando por este ejemplar la devoción de los moradores de dicha Villa, para que celebren con más fervor sus festividades y en memoria de este suceso, la Fiesta primera que le hicieron en obsequio suyo, me avisan que cantaron unas coplillas y una de ellas decía:

San Antón tiene jurado,
por vida de su cochino
que si no le hacen la fiesta
ha de volar el molino.

En dicha Villa, tienen por instituto sus moradores, de muchos años a esta parte, en reverencia a San Antonio, guardar abstinencia la víspera de sus días y habiendo ido el Superior de la Orden de San Juan a Comisuegra, acordaron los Alcaldes de Alcázar de ir a besarle las manos. El uno se llamaba Don Francisco Ximénes y el otro Don Serafín Aguilera. Hicieron este viaje por el mes de enero del año 1681, un día antes de la víspera de Nuestro Padre San Antonio y habiendo concluido con mucho

Pues bien, en la página 322 de este libro se lee lo siguiente:

”En la villa de Alcázar de San Juan, no ha muchos años que había por su Majestad un administrador de la Fábrica Real, pagos de salitre y salarios de los obreros de la pólvora, que se llamaba Don Agustín Grasió, del orden de Calatrava. Este caballero hacía fiesta siempre a San Antón y un año, por ahorrar de gastos o porque se descuidó no la celebró, y el mismo año permitió Dios que por la omisión de su descuido y para que sirviera a él y a otros de enmienda, se prendiese fuego en el molino de la pólvora, el cual, en un instante con horroroso estrépito fue todo volado por el aire, recibiendo el administrador por esta desgracia gran pesadumbre. Dió cuenta al Consejo Real de Ordenes del caso y al punto mandó que se volviese a reedificar, en que gastó mucho más can-

gusto con su diligencia y besado las manos al Superior y dándole la bienvenida en nombre de la Villa, otro día dispusieron volverse a sus casas y Don Francisco Ximénes, aunque le avisaron que era víspera del Santo, no por esto observó el comer de abstinencia ni se movió por instancias que su compañero le hizo, antes, con gran escándalo y sin temor alguno comió de carne diciendo que a él ni a otro alguno le obligaba guardar abstinencia, si no solo a aquellos que están en semejantes días dentro de la Villa y no a los que están ausentes de ella. Dicho ésto llegaron de noche a Alcázar, donde cada uno se fue a recoger a su casa, pero no hubo bien llegado Don Francisco Ximénes a la suya, cuando permitió Dios que se prendió sin saber cómo una hacina grandísima de leña que tenían en el corral y viendo Don Francisco ésto, conoció que aquel castigo del Cielo que le mostraba el rigor de su justicia por la desatención que había tenido en no guardar la vigilia del Santo y pidiéndole perdón salió dando voces a la puerta de su casa para que le viniesen a socorrer los vecinos y en breve corrió la voz pero más corrió el fuego, pues desde la plaza se veían las llamas por encima del frontispicio de la Capilla de la Vera Cruz (1) que está muy alta, cosa que causó gran espanto y se tiene por cierto que a no haber invocado todos el nombre de San Antonio hubiera sucedido un horroroso estrago. Solo la leña peligró, cesando milagrosamente el fuego y en reconocimiento de tan gran beneficio hicieron al día siguiente, que era el propio en que se celebra la fiesta del Santo, una muy solemne festividad con octava, en la iglesia Mayor de Santa María.

Estas coincidencias, que podemos llamar milagrosas, aportan datos rigurosos para la historia de Alcázar que nadie podrá poner en duda cuando se escriba con el tiempo y la gente no pase a creer que los sitios fueron lo que fueron hace cuatro días.

(1) Es oportuno, ya que viene tan a punto, preguntarnos una vez más, dónde estaría situada esta renombrada capilla de la Vera Cruz, aludida tantas veces en los documentos y narraciones que se llevan publicados. ¿Estaría en la misma plaza?

Las cosas de Tejero

Se juntaron un día Peñuelilla y Tejero, y hablando de música, tararearon juntos un pasodoble. Uno hacía la voz de la Bandurria y el otro el marcante de la Guitarra.

Cuando se cansaron de cantar, dice Tejero a Peñuelilla:

—A ver si un día nos juntamos y tocamos algunas cosillas entre los dos.

Entonces dice Peñuelilla: —Sí, hombre, cuando quieras, pero el caso es que yo no tengo Bandurria.

Y le contesta Tejero: —¡Anda lechel, el caso es que yo tampoco tengo Guitarra.

(Aportación de Ezequiel Ransanz)

PROGRAMAS MEMORABLES

Uno, el principal, impreso limpiamente con tinta negra en preciosa tela de raso granate, guardado pulcramente por la Juliana de Pinareales de grata memoria, y hallado por su sobrina, Isabel Lucas, que es la que lo ha facilitado, como tantas otras cosas.

Se trata, nada menos, que del programa del centenario del Quijote celebrado el año 1905, del que ya hay en esta obra otras referencias.

El dibujo, no reproducido, es de Murat. La introducción, por el estilo, es de Don Juan Alvarez Guerra, aunque murió ese año. El himno a que se alude es de Bernardo Gómez, el hermano mayor de nuestro José María, cosa que se sabe de cierto no solo por venir con la música del Campo a tocar esos días, sino por la matraca que le dió a Azorín con el himno en su célebre viaje al ir al Toboso.

El lienzo tiene algo más del doble folio abierto, con titulares sobre el dibujo y la introducción, que rezan:

TERCER CENTENARIO DEL QUIJOTE DE LA MANCHA

Festejos que en honor de Cervantes han de tener lugar en Alcázar los días 14 y 15 de Mayo de 1905.

La introducción comparte con el dibujo la anchura del programa y tiene la misma altura con la siguiente alocución:

Alcazareños: España, el mundo entero, celebra la fecha gloriosa de la aparición de aquel libro inmortal sobre el que en vano pasan los siglos, pues eternamente joven, hoy nos deleita y admira, como admiró y deleitó a los contemporáneos de su autor insigne. Y Alcázar, que recaba para sí, con justo derecho, la honra de ser la cuna de Cervantes y que es, sin disputa, la patria verdadera del Quijote, debe asociarse al regocijo universal y rendir tributo de admiración eterna al autor y al libro.

No será —ni podía ser— adecuado al mérito de uno y otro, el agasajo dispuesto en el solar donde nacieron, pero con humildes símbolos se enaltecen grandes cosas y suple el entusiasmo a la pequeñez de la expresión.

¡Alcazareños!, Unámonos todos en tan fausto día y a una voz exclamemos: ¡Viva Cervantes! ¡Gloria al Quijote!"

Al pie del dibujo y de la introducción, a tres columnas, el programa que dice:

DIA 14

De 5 a 7 de la mañana, diana por las bandas de música de esta ciudad y de Campo de Criptana, que dirigen los renombrados maestros Don Jesús Martínez y Don Bernardo Gómez, disparándose infinidad de cohetes.

A las 9: Salida de las Comisiones desde la casa Ayuntamiento, dirigiéndose a la Parroquia de Santa María la Mayor, en donde fue bautizado el autor del Quijote, procediéndose al acto de descubrir la lápida conmemorativa y al que precederá solemne función religiosa en que hará uso de la palabra el elocuente orador sagrado señor Carrillo.

A las 4 de la tarde: Salida de una gran cabalgata desde el Ayuntamiento, que recorrerá las calles de Castelar, paseo y calle de la Estación, Cervantes, Resa, San Francisco, Santa Quiteria, Trinidad, Arjona; Mariña, Unión, Altozano, Cautivo, Plaza de Cervantes, San Juan, Plaza y calle de Santa María y Plaza de la Constitución.

A las 9 de la noche: Fuegos artificiales, elevación de globos y conciertos populares en la Plaza, por las bandas ya citadas.

DIA 15

De 5 a 7 de la mañana: Dianas.

A las 10: Reparto de medallas conmemorativas a los niños de las escuelas e himno infantil a Cervantes.

A las 4 de la tarde: Obsequio a los pobres, siempre que lo recaudado por la Comisión de festejos lo permita.

A las 8 de la noche: Retreta.

A las 9: Velada teatral cuyos detalles se darán en los programas.

Para que las fiestas resulten lo más dignas posible, la Junta Organizadora suplica a todos los vecinos de las calles y plazas por donde ha de pasar la cabalgata, pongan colgaduras en las fachadas y balcones y, si es posible, se iluminen todas las de la Plaza de la Constitución durante las noches del 14 y del 15. Firma: La Junta de Festejos."

Hasta aquí el contenido del vistoso programa de la teja de raso.

El recuerdo que se conserva más vivo de aquellos actos es el de la cabalgata y unido al nombre de Murat como organizador, que tal vez no lo fuera íntegramente, pero sí su ilustrador con el estandarte o estandartes que recorrieran nuestras calles. El dibujo de este programa debe ser una reducción del telón de la cabalgata en el que sorprende el estado hidrópico de Don Quijote y más teniendo en cuenta que Antonio era él mismo una figura quijotesca.

Es un deber salvar también del olvido en que yace el himno compuesto por Bernardo Gómez para que lo cantáramos los chicos de la época. Bernardo fue el creador del espíritu filarmónico de Criptana, que perdura y aunque su pueblo ha perpetuado su memoria con estricta justicia erigiéndole un busto en la plaza, Alcázar le debe también reconocimiento y gratitud por haberle favorecido con los efluvios de su arte y por aquellos rasgos de carácter que no se extinguen y se prolongan a lo largo del tiempo en las ramificaciones familiares, gracias a lo cual he podido ahora ver el himno guardado por los nietos de la Dositea, que son sobrinos nietos de Bernardo, la gloria musical de la comarca.

Las limitaciones que imponen los métodos de reproducción nos impiden incluir aquí el dibujo, el himno y su música, como sería necesario para la historia reciente de la Villa y como uno de sus rasgos sobresalientes que echarán mucho de menos quienes se ocupen en el futuro de estos menesteres. Y ¡ojalá! que sea pronto para que lleguen a tiempo de encontrarlos.

La Joaquina de Cagalera

Cierra al morir un largo período de vida entrañable de la calle Ancha. Antes que ella había desaparecido su propia casa, la de su padre, forjada un día, nada más que forjada, con muchas aspiraciones, propias de ese período de la vida en que la familia se cria y se espera con su ayuda conquistar el mundo.

En las herencias inexorables, la Joaquina no tenía de Cagalera más que el mote, era puritica a su madre y estoy seguro, sin haberla visto en muchísimos años, que estaría hecha una pasa, como lo estuvo la Antonia, aunque siempre fue seca y poco estirada, pero le pasó como a su madre, que se casó con un gordo, que por serlo le decían desde chico el Gordito, mote que debió ser puesto por su misma familia porque el hablar en diminutivo no es alcazareño y sí propio de Lillo, El Romeral y esa zona. Y por algo los Lilleros tendrían que distinguirlo de ese modo de la gordura general de la tía Lillera y su descendencia. Tenía prominente y rollizo hasta el tabique de la nariz que se le desviaba a la izquierda y le abultaba la boca de labios cortos de respirador bucal.

Como todos los gordos, Miguel era expansivo, eufórico y ostentoso, compartiendo con su hermano Francisco, los dos más pequeños, cierta fantasmagoría mental que les hacía parecer intrépidos y Miguel comprometía y obsequiaba a los que sabían o, por mejor decir, creíamos saber tocar, para ir a darle serenata a la Joaquina, cosa de bastante atrevimiento entonces que las familias no toleraban aproximaciones de los novios, pero que alegraban la calle y estimulaban el comentario.

Miguel murió joven (1), como la mayoría de los gordos que tienen una vida floreciente pero corta y la Joaquina se quedó en tal estado, inalterable en su tendencia a la consunción, imperceptible aunque continua, hasta que la vida se extingue sin apercibirse nadie. Ya en vida son organismos muy silenciosos en todas sus funciones y se acaban como el candil que se va amorugando hasta que se seca y deja de lucir sin notarse.

Se recuerda el noviazgo de la Joaquina por lo ruidoso del novio y porque viviendo en la misma calle siempre estaba que voy que vengo y por cierta conformidad del padre con la escandalera, pero a ver qué iba a hacer Pedro.

Son contadas las personas de la calle que pueden acompañarme en el recuerdo y deleitarse rememorándolo: la Isabelilla la Lillera, la Felipilla de Carabina y la Aurelia Maderuelo, chiquejas de mi tiempo con cuya amistad me honro y estoy seguro que me acompañarán gustosas en este duelo de la Joaquina, última vela de las apagadas en esta calle principal que viene estando en tinieblas desde entonces, sin el bullicio y la alegría que le daban la abundante y callejera chiquillería de la vecindad.

No se esperarían ella este responso, pero el sino nos persigue hasta

(1) El Gordito murió a los 29 años. Estando vendiendo sangre y tocino por los pueblos vecinos, con su romanilla al hombro, le dió una cosa a la cabeza y no lo contó. La gente decía que se le habían juntado las mantecas,

en la tumba. Su sigilo personal tuvo que aguantar los aspavientos de Miguel el Lillero y ahora, mira por donde, la vibración de la cuerda sentimental por la noticia de su muerte, trae a esta obra su recuerdo para perpetuarlo con los de la calle Ancha y de manos de quien menos podía pensarse por no haberse distinguido nunca por su metijosería y locuacidad. Dios sea loado.

Tres pájaros de un tiro

A los viejos les pasa lo que a los pajarillos, que se les caza al vuelo y por lo general en bandadas.

Salgo tres días a que me dé el aire y cuando vuelvo se han muerto Jesús el Cacho, Marcelo el del Orejón y Victoriano Callares, que no los veía nunca pero al conocer su falta me pareció que me arrancaban algo.

Han hecho bien en morirse por muchas razones que ellos y yo sabemos, pero lo cortés no quita lo valiente, los tres se habían cortado la coleta antes de tiempo y contra mi consejo. ¿Lo estáis viendo?. Ahí está Marcelo Redondo que no se retira y a terna como el primer día sin dar su brazo a torcer.

Puedo decir que más o menos los tres eran de mi familia y sobre todo de mi familiaridad, pues el de ningún parentesco era el más allegado, Jesús el Cacho, cuya sola mención despierta en mí los recuerdos más lejanos de la calle Ancha y entre ellos el de su madre, aquella santa mujer, arrugada y seca, más buena que el pan, de la que heredó Jesús sus envidiables condiciones personales.

Imposible que nadie se imagine ahora la calle Ancha en aquel estado, pero para mí es tan familiar que la veo más fácilmente en su situación anterior que en la presente y aquella caseja tan chiquitilla, con su escaso postigo de entrada, gemelo y pegado al de la Clotilde del Moreno Parra, no se borrará de mi mente jamás ni la tía Cacha ni la Clotilde, dos mujeres maravillosas que criaron, viudas y con bien escasos haberes, un familión cada una. Y que se podían ver dentro de su humildad.

Su abnegación y su laboriosidad fue tanta, cumpliendo el sagrado deber maternal, excelso y divino deber, que sus hijos no necesitaron más escuela que el ejemplo de sus madres y la presión de la necesidad, para ser modelos de personas trabajadoras, de noble trato y atentas a la obligación hasta el fin. Y si alguien lo duda que se fije en Luis Parra que todavía sigue firme en su puesto.

Me satisface mucho poder dejar vuestro recuerdo en esta obra antes de yo partir, aunque os cansárais un poco pronto, pero érais tan ejemplares que ese mismo hecho puede ser útil a los demás demostrando que las comodidades que el hombre cree procurarse se le vuelven sufrimientos en todos los órdenes y, al fin, su propio organismo se hunde en la ociosidad antes de tiempo, hartado de no servir y después de haber hecho más tristes y desesperantes las amargas finales de la vida.

Los ramos

Uno de los encantos que ha perdido la vida en general y la de Alcázar particularmente, es el del cortejo de las novias y ellas saben mejor que nadie que el aliciente no está en la posesión, de por sí fugaz, sino en la ilusión, en el anhelo y en la esperanza, que son como el higuí de la cucaña.

La distancia a que se mantenían las relaciones y aún el no disimulado disgusto familiar, daba lugar a que los requiebros fueran lejanos y ruidosos para que se percibieran en la hermética vivienda que permanecía cerrada y silenciosa como si nadie la habitara.

Uno de los momentos en que los mozos expansionaban su ánimo era la víspera del día de las cruces, cuya noche se invertía en pintarrapear las puertas de las novias, poniéndoles ramos encima del cerco o a los lados, dibujándoles macetas y poniéndoles leyendas alusivas a las pasiones que se sentían

Puede decirse que pocas puertas donde hubiera novias amanecían sin ramos y si alguna no los tenía bastante coraje les daba, porque les apetecía exteriorizar sus sentimientos.

Todavía, en uno de esos pueblos perdidos en los montes, que tienen suerte de conservar en parte estas saludables costumbres, pude ver este o bastantes ramos y no pocas leyendas.

Una de ellas, entre dos macetas muy florecidas, tenía este cantar muy cazareño:

"A la una entré en tu calle, que vamos a hablar los dos
morena, ya son las dos, cositas que nadie sabe".
dile al sereno que calle,

Cantar que prueba lo lejos que estaba el novio de poder colocarse la casa.

En otra puerta que había al paso se leía:

"La Juana cuando va a misa, pero yo me río de ella,
parece una pava en huevos, porque "tos" los saca hueros".

En una tienda decía: "Relojes a peseta el kilo" y en la esquina de frente, entre ramos de flores, la siguiente leyenda:

"Ya sé que estás acostada, ya sé que estarás diciendo,
ya sé que durmiendo no, ese que canta es mi amor".

Hacía días que había pasado el de las Cruces, pero todavía pude ver la puerta alguna que otra novia con el cubo y la bayeta, muy huecas, creándose en las pinturas que les pusieron. Y hacían bien, vaya unas rices.

"Una música te traigo, que por estas callejuclas
para que no digas luego, no vienen más que los perros".

Las ilusiones perdidas

Hablando de los ramos me recuerda una alcazareña, aquella ilusión manifiesta en cualquier cantarcillo y que todavía conmueve al recordarlos, como el que decía

"Cada vez que te veo se me ponen los ojos
los senojiles, como candiles".

Ya no hay senojiles ni hacen falta, pero ¿qué ilusión ha sustituido a la de ver los senojiles a cualquier mujer cuando se agachaba para algo?

El senojil o cenojil, de hinojo —rodilla— era la cinta con que se sujetaban las medias por debajo de las rodillas que no era liga porque no era elástica sino una cinta corriente que se ceñía y el cabo final se remetía por entre las vueltas anteriores con tal habilidad que rara vez se movía.

El uso del senojil era común al hombre y a la mujer porque no llevando albarcas, el hombre usaba calcetas para abrigarse las piernas y necesitaba sujetárselas como los toreros se atan los machos. El uso les daba una facilidad extraordinaria para colocárselos de forma que no se aflojaran y para vérselos a las mujeres era menester que estuvieran haciendo trabajos de agacharse mucho como el barrer con un escobón, escardar o vendimiar, pero era tan raro el vérselos que constituía un acontecimiento y un aliciente apetecible contemplar a larga distancia las pantorrillas cubiertas con tosca media coronada por la coloreada cinta del senojil.

Al ir acortando las faldas, la mujer, siempre pudorosa y coquetuela, empezó a subirse las medias alargándolas y a usar las ligas elásticas para ceñírselas por encima de la rodilla, primero y por el centro y arriba del muslo después, hasta que no pudiendo pasar del pliegue de las nalgas, optó por quitárselas y lucir desnuda toda la pierna, acabando con el misterio y el atractivo del acto de descubrir entre los pliegues de las enaguas las coloreadas cintas que sujetaban las medias.

La difusión que alcanzaron las enfermedades venéreas, así llamadas por ser relativas a Venus y adquiridas por trato carnal, se maliciaban muchas veces por el olor de las medicinas que se usaban para curarlas, pero por dar reparo hablar de ello claramente, quien tenía confianza suficiente le solía preguntar al interesado, de qué color tenía las ligas la causante. Eso era de cara, por detrás se comentaba que aquel olía a gálico o se decía despectivamente que era un galicoso y se apartaban de él.

La mujer llevaba cubiertos sus miembros con pantalones de puntillas, pero la media, hecha a mano, no pasaba de la rodilla y si subía algo se la doblaban y remetían en el senojil para que no estorbara los movimientos de la articulación, como les pasa ahora a las muchachas con las medias gordas que llaman de deporte.

Ahora no tiene ningún fin mirarles las piernas a la mujer ni se nota que despierte ilusión a pesar de que se las cuida más que cuando las llevaba cubiertas y procura que no se le deformen demasiado, disgustándole que el hombre no se fije en ellas ni casi en ninguna parte de su persona y que aún cogiéndole cuesta trabajo acercarlo. ¡Qué cambio!

"Las ilusiones perdidas, del árbol del corazón".

hojas son, ¡ay!, desprendidas,

Zapatero a tus zapatos

La mujer, que le está buscando siempre tres pies al gato, sin cansarse de demostrar su dominio y su habilidad para lograrlo, hace unos alardes molestos y, según los casos, hasta ofensivos. Está acostumbrada a que el hombre le ceda el paso, lo cual no es signo de vasallaje sino de potencialidad, pero ella entra mandando donde fuere, observa y dispone el lugar en qué situarse y lo que debe hacerse y, en el caso de entrar después, a que el hombre no haga nada hasta que ella llegue y lo decida.

Si van en compañía, son ellas las que cambian pareceres entre sí charlotteando sin parar y eligiendo lo conveniente, admitiendo de antemano que ellos lo acatarán sin la menor observación y menos réplica. Esa deferencia es su mayor halago y su verdadero primer lugar delegado, el de decidir sin reponsabilidad, pues hasta en el caso de equivocación manifiesta se escudará en la obstinación del hombre que maldito si dijo esta boca es mía, porque no se cansa de hacer trastadas ni de someter al hombre a los jugueteos de su perfidia. El mismo acto de fumar, aparte de lo del engorde por quitar el apetito, es un mohín de la feminidad, incluso en las que lo hacen como carreteros, porque las cosas envician, tienen sus modales matices innegables de coquetería y no digamos si lo hacen en pandilla tomando algo en los mostradores de los bares, establecimientos en que se han venido a fundir los cafés y las tabernas, donde hay de todo como en botica, borrando los caracteres vigorosos de aquellos, que hubieran dificultado la entrada de la mujer, aunque las hubo y las hay tan borrachas como fumadoras y todas proclaman -todas las que no han perdido su propia estimación-, que mal está en el hombre, pero en la mujer es más feo, según dicen ellas mismas.

La mujer será siempre la madre del hijo y todo lo que suponga abjurar de esa misión augusta, irá en contra de sí misma, de sus verdaderas conveniencias y de sus posibilidades biológicas, incluso lo de poner al hombre a lavar los pañales o a fregar los platos, será su mayor equivocación, como todo lo que suponga degradar al padre de su hijo, sostén y defensa de su crianza, aunque este, falto de carácter, se deje envilecer a veces como una damisela vulgar.

En el trasfondo de estos sentires hay motivaciones biológicas puras en virtud de las cuales la mujer, a la que le place ser dominada, repudiará siempre al hombre incapaz de someterla, ampararla y defenderla, tanto como a la cria que espere. Y más o menos, en todas las vacilaciones amorosas, hay que admitir los presentimientos maternos más

o menos manifiestos que tienen ese móvil, ni confesado ni comprendido muchas veces, pero real, en el que palpita el instinto de la especie para asegurar la sucesión.

Llevan las corrientes un sentido opuesto a la realidad, o sea que hay empeño en llevar la vida en contra de su marcha natural y tendrá que quebrar por alguna parte: que la mujer no sea madre sino una amiga de francachelas y trabajillos de coquetería como los viciojos de fumar y alternar, y que el hombre, cada vez menos responsable, eluda la producción y se haga un blandungas, plegándose a que la mujer o la comunidad les resuelvan sus problemas personales y de la familia, podrá ser muy cómodo pero insostenible y lo que se fundamente en ello se hundirá aplastándonos a todos.

Tratándose de alcanzar un bien o de lograr un acierto relativo, el misterio está en hacerlo de verdad, no en tergiversar sino en elevar la función a nivel de toda posibilidad, no en cambiar y querer hacer lo contrario de aquello para lo que se está dotado, porque entonces saldrá todo equivocado y aminorado, sobre que será imposible cambiar la naturaleza de la especie.

El artista y el sabio son la consecuencia de un esfuerzo soberano sobre una condición genial. Pues bien, el caso sería igual que si una vez logrado hacer eficiente la condición natural, ambos se dedicaran a hacer lo contrario o lo diferente de aquello para lo que nacieron dotados. Zapatero a tus zapatos, pero no zapatero a hacer trajes que, aunque pueda hacerlos, los hará peor que el sastre, mal y con daño.

¿Se empeñará la mujer en que cambie el concepto sagrado de la madre por el de un ser descastado que abandona a la cria, que ya no la amamanta, desde luego, y que se dedica a sus satisfacciones personales?. ¿Qué le quedará entonces de noble a la vida humana?. De quien podrá echar mano el hombre, —el hombre y la mujer, naturalmente—, cuando desamparados de todo, la invocan mirando al cielo y diciendo:

—¡Madre de mi alma, ampárame!

La sublimidad de ese concepto bien valdría y lo ha valido siempre el sacrificio de la vida misma, por ser imposible que la mujer encuentre mejor corona, aparte de los infinitos ramos que halla en esa senda y que no podrá encontrar en ninguna otra.

Sucedido

A una señora como de 55 años, soltera, saludable y bien vestida, le dice el médico que se dé baños templados en su misma casa:

—¡Ay!, no señor, yo no me baño, responde alarmada. No me baño porque no lo he hecho nunca y una vez que me entré, me subía una cosa por la raya del agua que parecía que me cortaban y me tuve que salir. Y no me entré más. Mándeme usted otra cosa porque en el agua no me meto, pero que no sean cápsulas porque se me da muy mal el tragarlas.

El sueño de los viejos

Es motivo de preocupación familiar algunas veces, de disgusto casi siempre y no sé si de envidia. La facilidad con que se duermen los viejos a cualquier hora, de cualquier forma y en cualquier sitio, mucho más que los niños de teta, aún tratándose de viejos ocupados que no se duermen por aburrimiento como los ociosos, induce al reproche de los que le rodean que se sienten molestos y como si les estorbara el armatoste, porque se les percibe hasta la gana de empujarle.

La vida moderna, plena de excitaciones, induce a las gentes a la vagancia y al insomnio. No tienen gana de hacer nada nunca y no duermen si no toman algo equivalente a las adormideras solo que mucho peor, siendo que para dormir no hace falta más que sueño y estar hartos de trabajar, que es su causa.

Cada vez me acuerdo más de mi padre y de otros de su tiempo tan conocidos como él, de sus penas, de sus sufrimientos incomprensidos por todos y muchas veces por mí mismo. Qué ignorancia y qué presunciones vanas y qué brutalidad la de regañar al viejo porque se eche un buen sueño a las once de la mañana o a las siete de la tarde o porque trabaja cuando todos duermen.

Cuántas veces oí a mi padre de salir a las tres de la madrugada, un paso tras de otro a Piédrola o la Altomira y a las 12 verle durmiendo sentado en el porche a lo fresco o en su cocina del corral en tiempo frío, para no molestar a nadie ni aguantarlo. Y cuántas también le reproché sus rarezas con manifiesta estulticia, en lugar de comprenderle, entrar en su sentir y evitarle los motivos que le llevaban y llevan a todos los viejos al apartamiento.

Y en cuanto al sueño, cuya causa, como el hambre, la sed y tantas cosas sencillas y elementales se han escapado a los sabios y son más bien objeto de especulaciones filosóficas que de fundamentos físico-científicos, es natural, por las razones que sean, que el cuerpo del viejo no realiza el esfuerzo del joven, se cansa menos, ora por no poder o por desgana y tiene mucha menos necesidad de descanso y menos seguido, cosa que los sabios relacionan más bien con la esclerosis, (vejez), dejando a un lado la observación elemental.

La fisiología del organismo, que no hay por qué puntualizar aquí en un escrito vulgar, pero que todo el mundo conoce por sí mismo, despier ta al viejo con más frecuencia que al joven y le deja mucho más desvelado, sentándole muy bien una cierta ocupación o actividad a cualquier

hora para dormirse después como un angel, tal vez en momentos ya, que, los que han dormido seguido e ignoran el desvelo del viejo, refunfuñan por tanto dormir.

Ese mecanismo lleva al viejo a echar sueños cortos pero frecuentes, a trabajar a ratos, a comer menos pero más a menudo. En suma, parece que se le fragmentan sus necesidades y su posibilidad. La gente dice de él que se cansa y se duerme, como lo dice de los niños de teta que se duermen mamando, o lo decía, porque ya no hay niños de teta, ahora todos son de chupete y frasco engomado y, claro, ya no le podrán recordar a nadie la leche que mamó que era como provocarle ofendiéndole a la madre. Por eso hay ahora más niños respiradores bucales que nunca —aparte de las neoformaciones faríngeas— con cara de bobos y un si es no es atontolinamiento real.

Pero el sueño de los viejos, entre horas, breve, a lo mejor fugaz, es de reparador y de dulce como nadie se lo puede imaginar y ninguno ha dejado de pensar más de una vez en la suerte que supondría morir en uno de esos instantes quitándose de penar. Y tienen mucha razón y por muchas razones, pero la primera es porque ese sueño les coge tan de lleno y tan de golpe que tienen que soltar lo que tienen en la mano o se les cae por una relajación total y un cambio absoluto de la vigilia al sueño más completo, tan feliz que no es nada raro que se sienta no haberse quedado en ese estado definitivamente.

Muchos de los infinitos desdenes y desatenciones que recibe el viejo le son convenientes, siempre que él no se considere arrumbado, porque le estimulan a mantenerse firme. Unos cuidados y una atención suficientes, le aflojarían tanto que le inutilizarían en poco tiempo. Le sucedería como a los niños con sobra de medios y mimo, que rara vez son de alguna utilidad, salvo que reine en la familia aquel espíritu de rigor y obligación que a ciertas alturas es deber ancestral y los hijos se crían con la dureza indispensable para la lucha que les espera y el ejemplo que deben dar. De lo contrario, aún no siéndolo por tara biológica, se hacen tontos y acaban en la miseria después de consumir cuanto les legaron.

Al viejo que ya se ablanda por razón natural, las gachas por muy ricas que le estén, le inutilizan totalmente y le conviene, siempre que sepa aceptarlo, que no le falten incomodidades ni motivos para seguir al pie del cañón y bastándose a sí mismo.

Lo contrario pasa en las familias más necesitadas, que los retoños, aún siendo tontos por naturaleza, la necesidad les da un espabilo del que carecerían en la abundancia y aunque no hagan milagros, que a veces los hacen y más de uno podría citarse, por serles imposible, conservar su puesto y se defienden hasta morir.

Dormir no es soñar, pero es la única manera de hacerlo para aquellos viejos que no tienen la suerte de soñar despiertos, que tal vez se les pueda tachar de ilusos, pero a ver quién es el guapo que sin tener ilusiones puede decir que vive.

Justicia tardía

Con el giro que toman las cosas en contra de la vida familiar, se recuerda con verdadera admiración a las madres del siglo anterior, pluri-paras, trabajadoras y dispuestas en proporción increíble para las madre-cillas de la actualidad y para los cocinicas de los hombres que tan dócilmente se avienen al trastrueque de funciones domésticas, ya que no sea posible las de crianza, por ahora al menos.

Esas madres tenían la preocupación de que sus hijas lo fueran también y las preparaban lo mejor que podían con ese fin, capacitándolas para regentar una casa de pocos haberes con el ejemplo de su propia vida. Entre las mozas era motivo de orgullo y de atracción matrimonial, el ser hacendosas, tenerlo todo a punto y saberlo desenvolver, considerándose a la abandonada e incapaz como poco estimable en la que nadie se fijaría. Tenía la madre el orgullo de su misión y el dominio de todos los resortes como reina del hogar que siempre era testimonio fehaciente de las cualidades que la adornaban.

Hasta mentira parece que la mujer haya abandonado ese puesto preeminente e insuperable para ir a servir por cuenta ajena, mandando a sus hijos al cuidado de manos mercenarias.

Mucho es el poder de las modas y grandes las fuerzas de las corrientes, pero nadie hubiera creído que pudiera disolverse la familia y precisamente por considerar imposible arrancar a la mujer su sentimiento maternal, que era y es todavía en gran parte su aglutinante.

La mujer habla de no querer ser criada en su casa, donde es el ama y atiende, con plena autoridad, las obligaciones que ella misma se ha creado y que son tan específicas que de antiguo se denominan las propias de su sexo y, en cambio aspira a servir como asalariada intereses extraños con la consideración de menestrala.

Poco más haría falta para definir las cualidades de quienes defientan esa doctrina, porque si en su casa mandando no son más o están a disgusto, es por no ser capaces de hacerlo mejor, no por el sistema que solo depende de ellas y si sus cualidades las llevaran fuera de la casa, deben comprender que estarían muchísimo peor, mandadas, no desmandadas como creen, desconsideradas y muchísimo peor pagadas.

Si nuestros antecesores oyeran a las mujeres de ahora, cuando no les falta de nada, abominar de su situación y abjurar de sus deberes más elementales, se llevarían las manos a la cabeza creyendo haber perdido el juicio, con lo que ellos pasaron para transmitir su vida y su hacienda a los presentes, que no han nacido de la nada ni se han criado detrás de una toba, como decía Pistaño.

Pero aquellas mujeres lo hacían todo tan llanamente, tan sin obligarse por ser obligación espontáneamente sentida, deber de madre, que parecía no costarles esfuerzo y solo al faltar era cuando se conmovía su

pequeño mundo. En el otro mundo, en el grande en que vivimos, también esta rebelión, que al fin es como ausencia o abandono de las obligaciones, permitirá darse cuenta de lo que se tenía, del orden que se disfrutaba y de lo rico que estaba el pan en sana paz.

Ahora ya ni el pan se estima. Nadie recuerda el símbolo sagrado de la cesta del pan. El exceso de medios, que es lo que ha sacado a la mujer de su casa y la casa a la calle, ha suprimido la cesta del pan, que Dios quiera no haya que volver a buscarla, como la capa, al sitio donde se perdió, pero entre tanto que el mundo dice hacia donde va, rindamos este tributo de justicia a nuestras madres y abuelas que humildemente, cantando y con amor, pasaron una vida de infinitos trabajos, con pocos haberes, severa y silenciosamente administrados dentro de la casa, para que sus hijos, su hombre y su casa misma se pudieran ver donde otros de su mismo cuidado y similar pobreza.

Recurso excepcional

Y jamás oído por mí a pesar de mi larga convivencia con los enfermos y la confianza con las familias y los curanderos a los que nunca se me ocurrió menospreciar ni menos perseguir.

Está referido el caso en un libro sobre gentes de Jijona, el pueblo del turrón, escrito por Antonio Coloma.

No es que sea nuevo ni que deje de ejecutarse en los demás sitios, valiéndose de artefactos, animales lactantes o familiares allegados.

Lo raro es que pueda haber un hombre rudo que se acredite y monopolice el delicado menester de desocupar los pechos a las mujeres que por unas u otras causas les sea de necesidad.

Coloma describe al hombre llamado Cucala como un campesino de corta estatura con la cara tostada por el sol y la piel del cuello a cuarterones, dientes menudos y saliva reseca en las boceras.

Refiere una de sus intervenciones en la que la paciente, rendida por el dolor y las súplicas familiares, se cubre la cara para no ver de actuar al curandero que al dejar exhaustos los pechos de la angustiada mujer, pidió al marido un vaso de aguardiente que se bebió de un trago y se fue tan campante.

Sucedido

La cuadrilla de los Justetes, Ruperto, Gabino y el Gorritano que era el primero que la pillaba.

Una noche en casa de Repizca están todos dentro y al llegar el Gorritano daba un paso para el mostrador y dos para atrás y Ganchín le decía:

O te pones derecho y andas bien o no vienes con nosotros.

Matrimonio de segundas

He aquí un acto de tramitación distinta en el pueblo que no se parece en nada al de primeras ni tiene nada que ver con el cantar del corro de

"Me casó mi madre,
chiquita y bonita
con un muchachito
que yo no quería".

En el caso segundo, el viudo, necesitado, desasosegado, como si cometiera una falta, en lugar de abordar directamente a la persona elegida, encelarla y conquistarla como corresponde, procura persuadir a sus allegados de la precisión en que se encuentra para efectuar nuevo matrimonio y cuando les ve dispuestos a su favor se decide a proponérselo a la elegida valiéndose de la persona que juzga más adecuada para la gestión, que jamás fracasa y el hecho de que así sea, en frío y de sopetón, demuestra la condición de la mujer y su fragilidad.

"Que es de vidrio la mujer
y no se debe probar
si se puede o no romper".

Este hombre, por lo general cohibido, toma el rábano por las hojas y en lugar de irse derecho al bulto, se toma unos rodeos que si no fuera por lo que es malograría el intento.

Esto ha pasado siempre cuando cortejar a la mujer era obra de paciencia y resultaba ridículo para el hombre maduro que cantaba aquello de

"Si me quieres dímelo
y si no dí que me vaya,
no me tengas al sereno,
que no soy jarra de Ocaña".

Estoy en que seguirá pasando igual para los chapados a la antigua, pero menos, porque las cosas se pegan aunque se hable mal de ellas y parezca que se rechazan, como se puede apreciar ahora mismo con las melenas de los hombres que cada vez hay menos con el cuello limpio.

La mujer es mucho más asequible que antes y es seguro que las que las critican y las ven con malos ojos, puestas a prueba no se mantendrían tan firmes como antes ni le darían tantas vueltas a su decisión.

Tal vez la vida no ha cambiado mucho desde el Paraíso, pero el momento que observamos supone un cambio radical con el inmediato anterior, aunque también se decía entonces lo de "contigo pan y cebolla" y se hablaba del mezquino ajuar de "la porra y el cántaro" que no difería mucho de los que ahora van por el mundo con el petate al hombro que da pena verlos cargados como bestias para hacer la cama donde se tercié.

El caso del viudo lugareño es distinto, que busca un hogar sosegado, aunque recuerdo un hombre eminente y muy experimentado que desconfiando de lo que tenía alrededor y no sé si de sí mismo, se sometió al mé-

todo tradicional para efectuar en el pueblo su cuarto o quinto matrimonio y le salió rana, cosa que tal vez no hubiera sucedido en la supuesta molicie de su medio habitual.

De andar por la calle me gustaría comprobar en el seno de la confianza cómo se las arreglan ahora los viudos viejos y qué tal se les da porque el recurso familiar que utilizaban está muy desgastado, los formalismos, y los acatamientos o deberes del parentesco se han extinguido y nadie pensará que necesite tanta tramitación ni merezca tanto respeto lo que se estila hacer andando por la calle, cosa que rechazarán seguramente esos hombres y mujeres solitarios que todavía veo entristecidos y con las irregularidades del *autoservicio* entre las cuatro paredes de su rincón.

Lo sordillo y lo cegato de los viejos

De ambas cosas y de otras se va desligando el hombre poco a poco o las sufre en accidentalidad de golpe y transitoriamente, como por ejemplo al operarse de cataratas o al meterse en el mar y quedarse como una tapia.

Son percancillos que le sirven para darse cuenta de lo que podría suponerle la permanencia en ese estado y de la sordera puedo decir que no es tanto y que dado que la vejez va separando al hombre de todo y concentrándole en sí mismo, casi le conviene no oír demasiado y a quien no tenga una vida de relación muy activa, le favorece no escuchar ni tener que responder a muchas cosas que le es mejor callar.

Con eso aumenta la separación entre el viejo y su medio que solo le vuelve la cara para requerirle o reprenderle en algún pequeño trance. Se ve el mundo marchar a más distancia con intercambios y manipulaciones en los que él no cuenta pero como los supone todos por conocerles, se queda muy tranquilo y casi celebra el alejamiento de lo que al aproximarse le resutaría impertinente e incómodo, el dejarlo de atender sabiéndolo, mientras que ignorándolo queda justificado y tranquilo. Menuda ganga puede resultar una sordera bien llevada, como la de Beethoven, Goya o el Conde de Romanones que, según cuentan, solía decir a última hora que ya no oía ni lo que le convenía.

¡Oh!, mundo, mundo, dichoso quién pueda apartarse de tí haciéndose un hueco dentro de tu infernal barahunda. Y no es que el caparazón pueda romperse pues en la vida no hay nada seguro más que la muerte, pero ¿qué duda cabe que le protege de muchos percances mientras vive?

La muralla de la sordera no es de mampostería y por lo tanto no defiende de la agresión directa, tampoco de la malignidad que pasa y da como el aire del campo, según decía Juan el Mueso que era el más sordo

de todos los yeseros y recibía a diario los vendavales en los Anchos. Favorece mucho la ignorancia de los acontecimientos inmediatos y evita la incomodidad que podía derivarse de la obligación de atenderlos. Aménora bastante la contrariedad de escuchar malas noticias porque por no hablar a veces a veces no te las dan y todo el mundo no tiene la habilidad de la Piedad Mata que se entendía con Teófilo Vela, sordo integral y bueno como él solo, moviendo los labios y repitiendo él todas las palabras cé por bé, pero en tono muy bajo, casi bisbiseando. Ahora que cuando estaba trabajando se le oían los martillazos desde el Cristo y la casa la tenía atronada siempre.

Lo que pasa es que la sordera hay que tomarla con calma, como todas las flaquezas humanas y esperar, que la naturaleza, sabia y previsora, enseguida se busca compensaciones y bien llevado todo, apenas se nota la falta, por eso dicen de muchos sordos verdaderos que lo son de conveniencia, porque se enteran de lo que no oyen gracias a esos mecanismos suplementarios de nuestros cuerpos.

Muchos sordos se quejan de zumbidos y de que tienen un tren en la cabeza, sobre todo los gordos que tienen mal aguante y notan aumentadas sus molestias por otros desarreglos viscerales que no suelen aceptar.

De cualquier manera, teniendo en cuenta que lo perfecto no existe y que un cierto grado de inexactitud es la pura verdad, ya que unos ciertos defectillos quién será el que no los tenga, bien podemos darnos por conformes con una pequeña sordera que nos sirva para hacer o para no hacer muchas de aquellas cosas que por su propia necesidad merecen que se hagan sordos los oídos más agudos.

Nombres de calles

Escuchando algún comentario sobre las insinuaciones que en el fascículo 37 se hicieron para nombrar algunas calles, recordé que el Porcarizo no es de los barrios más desgraciados para sus denominaciones, sin duda por lo poco que irán por allí los alcaldes, pero hubo algún sabihondo que introdujo el nombre de Don Marcelino Menéndez y Pelayo a continuación de la calle de Eugenio el Moralo, que era un nombre que ya estaba puesto por la gente, sin que le restara un ápice de su gloria a Don Marcelino no figurar en el Porcarizo de Alcázar ni tener que irse a estropear otra calle para perpetuar el recuerdo de Eugenio que bien lo merece. Por ejemplo, allí cerca se ha cambiado el nombre de Ramón Chies, que aunque impropio era conocido, por otro que no puede figurar sin una explicación al pie que diga al viandante el por qué y el cómo de estar allí.

Cuando se está hecho a la espontaneidad y a la naturalidad de la Villa, no se comprende que ocurran estas cosas, porque lo propio sale solo sin más que dejarlo y todo lo que se necesita es comprenderlo y saberlo acatar o realzarlo como del lugar.

Tauromaquia retrospectiva

Los chicos de Juanete han sido todos muy partidos,

De Milagros no hay qué hablar, pero los otros eran iguales aunque no dieran tanto ruido, incluso ellas, las Barateras, y el que vive, Antonio Fernández Carpio nos ha dejado este cartel de toros y estas fotografías de grato recuerdo y de mérito para los archivos alcazareños.

No son todos los documentos de la misma fecha pero sí alcanzarán el mismo valor en las historias futuras de la Villa.

El cartel dice:





Plaza de Toros de Alcázar

Organizaciones Leandro García Mesa

Con motivo de las Ferias y Fiestas, el domingo 2 de septiembre de 1934
SE CELEBRARA UNA

GRANDIOSA CORRIDA DE TOROS

en la que se lidiarán SEIS ESCOGIDOS Y BRAVOS TOROS, MIURA
SEIS, de la afamada ganadería de los Sres. Hijos de D. Eduardo
por los afamados ases de la tauromaquia

Nicanor	Jesús	Enrique
VILLALTA	SOLORZANO	TORRES
PRECIOS POPULARISIMOS		TENDIDOS 6 PFSETAS

EL LUNES DIA 3

Juanita Cruz	Chico de la Viña	Rejoneo en automóvil
ESPECTACULOS LLAPISERA		

En el tendido hay muchas caras conocidas que identificarán los entendidos aunque son claras las de Dositeo, José Carreño, Manolo Tejero, Santos Chocano, Arturo Vaquero, Julio Mínguez, Pepe Utrilla, Polonio Escribano, Bonifacio Galán, etc., etc.

Otro día de toros se retrataron en la esquina de Damián esta cuadrilla cuando iban a la plaza, con ese entusiasmo y esa esperanza de ver algo grande que se lleva siempre, como al jugar a la lotería que se acaricia el premio hasta que sale la bola y se aleja por el carril.

¿Habrá que decir quienes son estos?





Los actuantes de este festejo taurino son todos alcazareños y tan conocidos que no queremos quitar a los lectores ese gusto de irlos identificando, de equivocarse, de volver atrás, de coger la lupa y de co- tejar los parecidos y regodearse al fin, diciendo:

—Es verdad que tenía la nuez un poco sacada, ¿no te acuerdas? Y qué miedo pasó aquella tarde. Aunque puede que hubiera pocos calzoncillos limpios.

Pues a lo mejor sí, porque el único superviviente es Pitos y hay que ver lo chupado que está. Le sigue de izquierda a derecha Saturnino el Carbonero un poco sordo, pero gran aficionado que no siempre vió los toros desde la barrera, pues se abrió de capa más de cuatro veces, Mariano Díaz-Miguel, Pepe Toribio, Arturo Castellanos que es raro no lleve el puro y Juan Fernández, el hermano mayor de Milagros. Este es más espigado porque se parece a la madre como las chicas, son Barateros. Juanete era rebajote y regordete, pero todos tenían la boca como él, un tanto aguanosa.

Sucedido

Cuenta Porfirio, el de la Peluza, que como Ganchín era tan "ron daor", muchas veces llegaba a su casa ya de día y se iba a la viña con la mujer. Tenía un borrico y un carrillo que no llevaba ni tablero, solo una bolsa con cuatro tomizas y una esterilla. Echaron a andar y los dos iban durmiendo, pero como el borrico iba muy despacio y la bolsa a raíz del suelo se le cayó la mujer. El animal siguió porque sabía a la viña y al llegar se despertó Ganchín, diciendo:

—¡Chica!, arriba que ya hemos llegado y vió que no iba la mujer. Volvió a buscarla por si se había apeado a orinar y tal fue su sorpresa cuando llegó donde estaba que creyó que se había matado. La movió y vió que seguía durmiendo. Así lo contaba él.

Día ominoso

Y vitando, lo es siempre el día siguiente, tanto como lo es de ilusión y de esperanza el de la víspera. Y eso aún tratándose de acontecimientos tan celebrados como el casamiento y la jubilación. El día siguiente, ese es el problema, es decir, en lo que viene después del medio duro, como decía la gente cuando eso era lo que costaba casarse.

Allá se irán en comparanza, cada uno en su caso, la alegría del novio con la del jubilado, el uno por lo que desea tomar y el otro por lo que desea dejar. En ambos casos son las finalidades logradas lo nefasto de la cuestión, pues con ellas se inicia el cambio imperioso con el que no se quería contar, la crisis o terminación de un ciclo y la iniciación de otro, por lo general peor por lo declinante y fatigoso.

El jubilado, motivo preferente de este comentario, se las promete muy felices y como no se ve, sigue diciendo durante cierto tiempo que está como antes o más dispuesto, si cabe, pero de boquilla, sin ponerse a prueba, pues ninguno sería capaz de coger el regulador de su vida que dió por pasada.

¡Cómo se apaga la gente!. Parece mentira. Y cómo estarán para no verse. Bien dicen que Dios ciega a quien quiere perder.

Todo jubilado, como todo recién casado, cambia de vestimenta, como rasgo dominante de la mujer y se le nota mucho y pierde agilidad hasta que se le ahorma la ropa, pero, claro, el uno empieza a vivir, según el dicho vulgar y el otro acaba, cosa que también se aprecia, aunque la mujer, si vive, trate de remozarlo, pero de otra forma. Ese hombre empieza a matar el tiempo que le mata a él y a querer ahuyentar el aburrimiento que le envuelve como una telaraña. Empieza a jugar de a nada, todo lo hace de mentirijillas y se duerme o se atonta. La idea de que no necesita hacer nada la lleva tan metida en su alma que si se decide a hacer algo le sale mal por falta de interés.

Suelo ver ahora a unos señores que presumen de vestir bien y que se han apartado de sus obligaciones. Pues dentro de su señoritamiento y a pesar de su relativa juventud, se les nota la falta de vitalidad y su inadecuación o inservibilidad en la vida, aunque alardeen de tener muchos quehaceres, pero, claro, ninguno obligatorio y por tanto de esos que se van dejando poco a poco y acaban por abandonarse y perderse uno y los quehaceres, porque el primer contratiempo del jubilado es el de no tener prisa para levantarse, la falta de deberes ineludibles, que le hace empezar a entumecerse desde el primer día para sentir pronto las heleras de la vejez..

La jubilación imprime tan honda huella que se nota en el porte, como el asilamiento y en la cara, como la sordera, pero no tiene la cara estuporosa de éste, el jubilado tiene cara de palomino atontado, que no

sabe para dónde mirar ni para qué, está extraviado, solo espera las horas de comer y de acostarse, pues con la de levantarse no cuenta. Come a sus horas, se acuesta a sus horas y se levanta sin horas. Lo nunca visto.

Esto le va cambiando el carácter y aumentando su pesadez. Su objeto es matar el tiempo y lo hace fumando, hablando vaguedades y jugando sin interés, por entretenerse. La perdición de Urbán, que se decía antes en Alcázar.

El día siguiente, llamado de la tranquilidad, es un día aciago, con sol de agua y poco de fiar.

Sin llegar a eso, ya produce quebranto la jubilación parcial al tener que abandonar alguna parte de la obligación por incapacidad física, como contribuye al anquilosamiento la comodidad de que le hagan a uno ciertas cosas tan sencillas como atarle los zapatos o ponerle la corbata, pero es mejor vivir adaptado a esas pequeñas deficiencias que el arrinconamiento completo y si en ese entre tanto, llega la muerte, la gran suerte, sin que nadie se moleste.

El casino y las cuadrillas de amigos

Como en tantas otras cosas. —la luz, el cementerio, el matadero, las aguas, el alcantarillado, etc— Alcázar se adelantó por su cuenta a todos los pueblos de la comarca en constituir el casino, motivado por el forasterismo, como se puede apreciar en la lista de socios fundadores del año 1850 publicada en el fascículo tercero de esta obra.

Su apertura marcó la madurez de una necesidad sentida tiempo antes por las personas que venían y se encontraban incómodas sin confianza para implantarse en las costumbres lugareñas y sin un sitio neutral donde poder iniciar su relación con pleno derecho y sin molestar, que no fuera la taberna donde había que beber por obligación. Las mismas tabernas tenían entonces mucho de caseras, salvo las de la plaza, sin puerta de tienda y mandándose por la de la casa, pero los hombres se reunían en las casas y en ellas daban la matraca y los mozos se entretenían por las calles viendo a las mozas por las esquinas o cruzando por la acera de enfrente y cuando no en las casas de cada uno también.

El casino de señores, que los había afortunadamente, mantuvo cierta separación durante bastantes años, pero su función se reconoció conveniente y surgieron varios casinejos más, hasta llegar al que le hizo la competencia al principal y acabó con él.

La vida casineril hizo evolucionar las costumbres apartando las reuniones de las casas poco a poco, sin poder presumirse entonces que acabarían por salirse de ellas hasta los mismos dueños para comer en la calle por no guisar.

Las cuadrillas de amigos se disolvieron en el casino como el azucarillo en el agua, es decir, murieron allí. Después si acaso salía de él algún grupo formado para actos concretos, comilona o cacería, pero sin aquel carácter de continuidad y permanencia que antes tenía la agrupación cuando ser de la cuadrilla de los domingos era ser amigos hasta para reñir.

El casino fue caldeado al principio por forasteros de dificultosa adaptación a las reuniones a pesar de la hospitalidad alcazareña y en él se perdieron las cuadrillas como los ríos en el mar.

Las partidas de truke y de secansa y las mucho menos frecuentes de mus, importadas por los madrileños, pasaron insensiblemente de las casas al casino, pero el zurra no fué trasladable y mucho menos las meriendillas, tan alcazareñas que siguieron celebrándose en las casas lo mismo que las cenas de los más rumbosos, aunque éstos, por las alteraciones tan grandes que originaban en las casas se salían ya de su motivo a las cocinas gañaneras de los corrales, jaraíces o bodegas donde no importaba o importaba menos, lo que se pudiera ensuciar, costumbres tan agradables como honestas que hay que considerar extinguidas para las nuevas generaciones que han decidido cambiar el sol y la sombra saludables de los corrales por las tinieblas insalubres de las cuevas artificiales.

El casino ha iniciado una evolución benéfico-social que favorece la concentración y permanencia de una masa de personas sanas que se han quedado sin objeto en la vida y necesitan matar su tiempo, entretener sus ocios y distraer su aburrimiento mientras les llega la muerte, más o menos lo que sucedía antes y tal vez suceda todavía con las personas que pasaban la vida en el casino ante el asombro de todo el mundo.

Es un modo de quitar a la gente de las esquinas y de instalarla cómodamente de momento, pero no es tan seguro que se favorezca su salubridad porque la falta de ejercicio entumece, ni que salga ganando la economía propia y la general que necesitan producción, ocupación responsable y si se trata de jugar, jugarse los cuartos para no bostezar jugando de a nada.

Al principio, cada sillón-sofá de viejo necesitará una trócola en su techo para que el que lo use pueda sentarse y levantarse. Después hará falta una grúa que lo lleve con sillón y todo por no poder desencajonarlo y al tercer envite, al furgón.

Sucedido

Al abuelo de la Sixta la patroja que era zapatero le llevaron a coser las vaínas de los sables de un regimiento que hacía maniobras en el Romeral. Después de pasarse el hombre quince días cosiendo le pidió la cuenta el capitán.

—Seis reales, dijo.

El capitán le arreó un vale para ir a cobrarlo en la Comisaría de Valencia donde pertenecía el regimiento.

Aportación de Nicolás Rodríguez Sevillano.

TEMA PICTORICO

que podría ser de importancia para la Villa y para el que lograra realizarlo con acierto, es el de la vista panorámica del lugar concebido en forma que nadie dudara al verlo del pueblo que se trataba y que quedaría como emblema y distinción permanente. Reconozco las dificultades que puede ofrecer y que Alcázar no tiene para el caso, las condiciones admirables de Criptana que se ve desde todas partes y es único en La Mancha por más de un concepto.

Pero Alcázar tampoco es de los peores y puede tener buena vista desde el cerro Jigüela, sobre todo, desde el cerro de San Antón, desde lo alto del Santo y tal vez desde los cerros del Tinte detrás de la estación. El gusto y la intuición de nuestros artistas elegirán lo mejor pues todo depende de su inspiración, de la creación y de la ejecución que logren.

La aguja de San Francisco destacará como uno de los detalles más característicos y la espadaña de la Trinidad según la proyección, los macizos achata-dos del Torreón y las parroquias, aunque de desearlo, en nuestro primer fascículo está Santa Quitéria entera entre varias fotografías que quedarán como únicas en la historia de Alcázar.

Huelga decir que los *rascacielos* deberían omitirse a mi parecer porque lejos de caracterizarnos servirían para confundirnos por haberlos en todas partes y por su estructura meramente comercial.

Quien acierte a interpretarlo bien dejará unido su nombre a la historia de la Villa para siempre y será su mejor premio, aparte de los que le puedan conceder, figurando como emblema o escudo característico de la procedencia alcazareña en todos los documentos y propagandas que tengan el gusto de ponerlos.





Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 6
Alcázar de San Juan - 1975